

TARJETAS DE VISITA

José Luis González Vera
Nº Expediente Registro: MA-928-09
Nº Registro Aries: 200999900835989

ÍNDICE

Rafael Perales	p.	3
Marina de los Ángeles	p.	9
Sergio Aguilera	p.	10
Amanda López	p.	20
Julia Lezo	p.	21
Charles	p.	25
Doña Encarnación Romero	p.	26
Ana Líbar	p.	31
Eduardo Filart	p.	37
Luis Carlos	p.	53
Lola Ferrada	p.	56
Amós Berenguer	p.	57
Alejandro Cordero	p.	60
Amable Saavedra	p.	61
Samuel Miralles	p.	64
Bermúdez	p.	65
Franqui	p.	76
Luisa Hornimans	p.	77
Marta Güelmes	p.	85
D. Evaristo D'Angelli	p.	86
Estrella Sandoval	p.	88
Lucio Alfaro	p.	89
William Kenwood	p.	107
Agustín Quebradas	p.	108
Silvio Rimón	p.	111
Rodrigo Kenett	p.	112

Rafael Perales

Esquelético, con la dentadura inclinada al interior, cetrino más que moreno, y los hombros arqueados hacia fuera, sazonaba poca gracia en sus conversaciones siempre sobre asuntos relacionados con el trabajo, o los últimos programas populares de televisión. Un hombre demasiado metódico para que atrajera a otra mujer excepto la que condujo a los altares. La existencia sosegada de quien tras muchos años obtiene un bolígrafo recubierto de oro, regalo de su empresa. Disfrutaba, sin embargo, con los celos que esclarecía en su esposa.

-Pues ha llegado una empleada nueva a la oficina –punzaba cuando Rosa servía la comida-. Una chica muy agradable –alzaba un bocado con gesto serio.

-¿Qué tendrás tú con esa? Porque ya es la segunda vez que me lo dices. –La señora se retiraba a buscar algo.

-Pero qué cosas tienes, Rosita mía. Eso no es cierto, yo no te he contado nada.

-Si no te acuerdas, porque no sabes ya ni lo que dices, peor para ti. Se ve que tienes asuntos en los que pensar. –Arrojaba sobre la mesa un plato de boquerones fritos.

-¿No te sientas mujer?

-No. No tengo ganas. Cenaré mañana.

Tras un par de horas, el ritual concluía con unos besitos y la frase lapidaria de Rosa: “¡No son nadie las mosquitas muertas esas!”. Rafael se sentía como un rajá arropado por la favorita de su exiguo harén.

Los humanos continuaríamos subidos a una rama en África si disfrutásemos con lo que se nos ofrece al paso de las horas. Como homenaje a los ancestros nos obligamos a explorar el más allá; que el paisaje diferencie los días. El hombre es movimiento a imagen de sus relojes. Uno dormita pacífico en el sofá y, de pronto, lo asalta la angustia

porque morirá algún día y, por ejemplo, nunca fue pescador de altura. El aguijonazo, de compleja sanidad y difícil quiebro. Si la víctima realiza los delirios inducidos por esa ponzoña, permanecerá en calma durante años, incluso, toda la vida; de otro modo, se encadena preso de una alucinación crónica, sumido en el sueño de un pretérito imaginario que evoca en cada rato ocioso, atunes entre redes que nunca existieron, junto con fauces de tiburón; el paciente babeará ante el fantasma de mujeres exuberantes expuestas en esos puertos a los que nombra el prestigio de lo exótico; y, lo que es peor, flagelará a cuantos lo rodeen con narraciones sobre sus deseos imposibles en las que se exhibe un saber sobre esos temas adquirido en reportajes de revista dominical.

Rafael retozaba cuando su aguijonazo lo sentenció como cónyuge mustio preso de un matrimonio con demasiada virtud; obsesionado por el intercambio de pareja como estímulo para el deseo, convergió todas sus energías hacia una misma hazaña. Existen personas que piensan cuantas novedades les presenten; con igual criterio dilapidan horas remirando un par de calcetines de rebajas, o si aceptan un cargo superior. Su anverso se cifra en esos caracteres que comienzan con facilidad caminos de final dudoso, también reflexivos, pero incapaces de que las elecciones desplieguen ante su paso los espejismos del sendero. La ilusión ciega al relámapago. Quizás nos rodeen esos tipos calculadores de inconvenientes en proporción justa con quienes cierran los ojos ante el salto.

La compra de una cámara de fotos digital inició la aventura; los ensayos revolviéron costumbres domésticas con enseres que Rafael contemplaba desde el balcón. Una noche en que cumplía la costumbre de la cópula quincenal introdujo la máquina entre el juego.

-¿Qué te importa? Si esto no lo veremos más que nosotros, mujer.

-Que me da vergüenza, te digo.

-Venga, ponte así ¿Ves? Mira, la foto inmediata. Mira. ¿Ves?

-Pues salgo fatal, no me gusta nada.

-La borro. Ya está. Venga, Rosita, maquíllate, venga, bonita, anda ¿Qué más te da? Si lo hago para divertirnos.

Rosita arguyó después menos inconvenientes. Había sido educada por su madre en la firme creencia de que lo que un hombre busca por las esquinas lo que no encuentra en casa, cedería, pues, a los pequeños caprichos del marido cuyas veleidades se incrementaron conforme aprendía los misterios de los programas informáticos para colorear, modificar y perfeccionar las imágenes. Apenas los dos niños abandonaban la casa, Rafael prestidigitaba ante su esposa un tanga, un vestido de encaje, un disfraz de criada con encajes a la altura del pubis, un pene de goma, incluso, dos de diferente textura y tamaño. Eclosionaron las imágenes: en la cama penetrada por su marido y un juguete, en el sofá realizando una felación y pintada como una prostituta de estampa costumbrista; con medias y tres falos según voluntad del coreógrafo; en fin, las sorpresas fueron a más y la vida sexual de los Perales tomó un rumbo tan feliz como inimaginable para quien los conociera, pero el aguijonazo no cesaba su comezón.

Rafael Perales recibió un curso para empleados sobre la navegación y uso de Internet; durante aquellas clases, un compañero le aconsejó una página pornográfica gratuita; allí se exhibían, por orden alfabético de seudónimo, las fotos de parejas, tríos o señoras que enviaban los propios usuarios; además, a través de aquel pasillo se accedía a un salón virtual para quienes buscaran el intercambio de parejas, o de materiales gráficos más explícitos. Cuando las sesiones erótico-domésticas destaparon su monotonía por reiteración, a Rafael se le ocurrió encender el ordenador y descubrió ese nuevo mundo a Rosita. En contra de lo que él imaginaba, ella mostró una gran curiosidad por las modelos, los distintos enlaces y los comentarios soeces y laudatorios que los viajeros electrónicos escribían sobre las mujeres allí expuestas. Rafael condujo

con disimulo la mano hasta la entrepierna de su mujer, que seguía leyendo en la pantalla como si buscara una receta para comida de aniversario; Rafael introdujo su dedo por la vagina excitada igual que cuando los primeros escarceos con la maquinaria venusina; tras unos segundos, besó su cuello y gozaron ante el ordenador con un ímpetu sorprendente para ambos. En pocos días, las fotos de Rosita espoleaban a cuanto navegante descubriera aquella página; no se ofendía por los textos sicalípticos remitidos a su correo acerca de sus pechos, su magnífico culo o la preciosidad de su pubis rapado, último hábito suyo; así lo presentaban todas las porno-divas y aficionadas que aparecían en la Red. A los cinco meses de haber iniciado este juego, Rafael le propuso que visitaran cierto bar de copas.

-¡Pero qué vergüenza! ¿Y si no sabemos qué hacer allí?

-Bueno, mujer, se trata de mirar, comprobamos si nos gusta aquello y ya está.

-¿No te importaría verme con otro?

-Yo qué sé mujer. ¡Qué preguntas haces! Una cosa es que te acostaras con alguien sin que yo lo supiera y otra, esto; es una especie de carnaval; los dos nos disfrazamos de lo que no somos. Yo te quiero, tú me quieres y los matrimonios necesitan complicidad, novedades; lo que estamos haciendo, cariño. –Rafael, como un gato meloso, mordió el hombro de Rosita a la vez que le acariciaba los pezones.- Además, ya sabes el éxito que tienes, amorcito. –Rosita se tumbó en la cama.

Tras enviar a los niños con su abuela materna, el matrimonio Perales se lanzó hacia la Costa en busca de sensaciones experimentales protegido por lencería comprada la ocasión. Rafael conducía abstraído en unos tenues espasmos estomacales originados por una mezcla de incertidumbres, miedo y excitación sexual. Llegaron al “Sirius”, en Fuengirola. Cuando abonaron la entrada, una rubia madura con formas redondeadas, Fani, la dueña, los recibió como solícita anfitriona, orgullosa de su establecimiento. Un

local amplio y elegante, con pistas de baile oscuras, saloncitos con luces rojas y camas, piscina, bañeras y un buen número de clientes, muchos de los cuales se acariciaban entre las sombras. Los inquietó aquel ambiente. Fani, tras indicar a uno de los camareros que les sirviera una copa, apareció con una pareja; al principio, ella condujo la conversación, surtida de anécdotas y risas; luego, cuando el alcohol provocó sus efectos, los cinco intervinieron con mejor ánimo y desparpajo. Fani propuso un baño de espuma; allí, comenzó a acariciar a los dos hombres, luego a las dos mujeres; vencida la vergüenza inicial, los cuatro culminaron sus deseos bajo la supervisión de aquella domadora circense.

El regreso transcurrió silencioso. Rosita había chillado de placer, mientras que alguna dificultad eréctil y eyaculatoria de su cónyuge hubo de ser resuelta por la anfitriona con bastantes dificultades. Una experiencia desagradable; el aguijonazo de Rafael se manifestó nefasto; de esos aguijonazos trampantojos que sólo conducen a la tristeza, incluso, a la ruina. No podía olvidar los gemidos de Rosita; con él nunca brotaron con tal volumen; exclamaciones leves tras el acto, pero poco más.

La convivencia se enrareció. Rafael fue deslizándose por el barranco de un desatino que le inducía al recuerdo del otro en cada postura, en cada gesto de Rosita, en sus ojos cerrados o en sus novedosos ayes de diva. Los celos surgen y veloces calan raíces alimenticias en el jardín de nuestros complejos personales. Rafael comenzó a comportarse de un modo inconveniente en el trabajo, padecía episodios de ausencia aunque hablara con el director de su departamento; los informes, redactados a trompicones, henchidos de anacolutos, errores e incongruencias no llegaban a tiempo. Sus superiores lo sancionaron; aquella empresa facilitaba el despido a quien no la satisficiera aunque ostentara el galardón de empleado ejemplar sobre la solapa.

Rafael perdió el control. Huía durante la media hora del desayuno para comprobar dónde se encontraba su esposa; además, adquirió artilugios que registrasen todas las llamadas telefónicas recibidas aunque fueran borradas de la memoria electrónica. Apenas dormía y cualquier comentario de su señora o hijos ocasionaba una grave discusión. Esos trastornos mentales eran soportados por Rosita, pero no se atrevía a hablar de las causas de tanta amargura. El equilibrio psíquico de Rafael cayó. Se escapaba del trabajo durante más de tres horas para espiar a Rosita. Desbocada su irrealidad, olvidó la cita con un importante cliente al que, como desagravio, atendió uno de los ejecutivos generales. Cuando regresó, tras una bronca con Rosita por su excesiva conversación con el frutero, lo aguardaba en su mesa una orden de traslado inmediato a un puesto de inferior categoría y retribución, en la pequeña sucursal de un pueblo a ochenta kilómetros de su domicilio. Peor que un despido.

Aquella tarde, Rafael destrozó el ordenador doméstico a golpes y arrojó la pantalla desde la terraza hasta el asfalto, por suerte sin más consecuencias. Ante aquel episodio de locura, la policía escoltaba al médico de urgencias, un chico frágil y menudo, recién salido de la facultad frente a su primer caso difícil. Lanzó por delante a agentes con porras y subalternos con la camisa de fuerza; fue el último en entrar con su jeringuilla cargada de tranquilizantes, cuando ya Rafael se revolvía por el suelo como lombriz presa de la trampa. Chilló, como nunca lo había hecho, que se marcharan de allí, que no estaba un loco, que Rosita era una puta y que Rosita era una santa, que Rosita lo perdonara y que Rosita se hundiera en el infierno. Un agujonazo letal.

Marina de los Ángeles

Inquieta entre las sábanas culpó al calor por la superficialidad de su sueño. No sabía calcular la hora, pero tampoco quería abrir los ojos. Prefería tranquilizarse y que su cuerpo siguiera los engaños de esa quietud total de sus miembros, las piernas en ángulo abierto recogidas una sobre otra, la mano izquierda entre la mejilla y la almohada, vuelta hacia la pared y de espalda a la ventana por la que ahora parecía que entraba alguna brisa fresca.

Se giró. Allí estaba quieto y blanquecino; su rostro exhibía el rictus de quien había sido olvidado por el otro en la puerta de un cine o un circo. La miraba en silencio. Una alucinación sin duda, cerró los ojos a pesar del pulso acelerado. Los abrió de nuevo y chilló, chilló y cerró los ojos. A la mañana siguiente, su madre encontró una pluma casi transparente entre las varillas de la persiana. Esa noche le contó un cuento sobre su nombre a pesar de su edad ya casi juvenil. Nunca volvió a temer la oscuridad ni a la brisa que de pronto refresca como un rumor desde dentro, desde muy profundo.

Sergio Aguilera

El abuelo de mi amigo Rodri se casó con la cocinera de uno de aquellos prostíbulos de la posguerra, una adolescente poco agraciada pero con unas manos angelicales, sobre todo, para la chacina y los callos con garbanzos. Sergio Aguilera, sargento del cuartel comarcal de la guardia civil en el año mil novecientos cuarenta y uno, visitaba con mucha frecuencia la “Pensión de doña Frasquita. Huéspedes estables”, nombrado lupanar allí en Coín. En aquella comarca lejos de su Rioja natal, aún luchaba el ya vencido ejército de la II República Española fraccionado en grupúsculos, incluso guerrilleros solitarios, a los que los vencedores menospreciaban como a facinerosos. Zona de bandoleros fue su destino. El sargento Aguilera había querido ser ebanista desde pequeño, pero su padre Don Sisebuto “El manco”, lo obligó a que ingresara en el ejército a pesar de que se libró en el sorteo de quintas; entre su parentela, nadie había vestido uniforme con dignidades; un par de curas, uno de ellos con proceso de beatitud abierto en Leciñana de la Oca (Álava), y poco más. La empresa carpintera de la familia era un buen negocio que surtía de barricas, toneles y bocoyes a la mayoría de las grandes bodegas riojanas. “Esta familia necesita sables y entorchados. Basta de sotanas y trajes de pana negros”. Solía decir su padre, tras beber un par de litros de tinto, y justo antes de caer derrumbado sobre la mesa del salón. La madre lloraba y rezaba a Sor Patrocinio, santa no reconocida por la Iglesia, a la que ella había aprendido a venerar en un raro libro de vidas ejemplares que espiritualizó su adolescencia. Con los años, casi olvidó del todo el leer y escribir por su entrega al hogar.

Inmerso en una de sus borracheras, D. Sisebuto llegó dando tumbos al taller donde Sergio, con la garlopa, se obstinaba en alisar las juntas de un barril. “Como si lo hubiera creado así la misma naturaleza”, se decía con la lengua entre los dientes. Era

un miniaturista que disfrutaba del olor a madera curada que desprendía aquel oficio. Tras la cal de la pared, después de muchos años, aún se filtraba alguna marca de la sangre que salpicó cuando la mano de don Sisebuto fue amputada por una cortadora mecánica.

-Ponte la chaqueta. –Dijo bamboleándose.

-¿Dónde he de ir, padre?

-Donde tenías que haber ido ya hace tiempo.-Una sonora bofetada concluyó el diálogo. Los demás operarios se quedaron mirando en silencio. Sergio agachó la cabeza y comenzó a andar.- Tira ya para adelante. –Conminó el padre con los dientes apretados.

Anduvieron en silencio un buen rato por las calles del casco antiguo de Logroño. Llegaron a un establecimiento militar que había tenido múltiples usos a lo largo de su historia, desde polvorín, durante el último asedio francés, hasta caballerizas para las mulas de los cuerpos de cazadores de montaña. En su puerta, se leía un cartel escrito a mano con una caligrafía muy afectada por volutas y vocales pseudo-góticas: “Banderín de Enganche”.

-Entra ahí y no vuelvas a casa hasta que no seas un hombre. –El padre aún parecía un tentetieso-. Toma, cien pesetas, por si te surgen gastos. Si regresas sin un sable, ni medallas, te desheredo. Así que tú verás lo que haces.

Tres legionarios fumaban junto a una mesa sobre la que algunos papeles y un tintero resaltaban la rudeza de su talla. Callaron cuando Sergio llegó. Uno de ellos entornó los ojos como si mirara al horizonte, apuró una colilla y con las manos entre el cinturón, se acercó hacia él como si lo desafiara.

-¿Qué buscas aquí, chico?

-Quisiera alistarme.

-Aquí sólo sirven los hombres ¿Estamos? –Se encaró el legionario-. Los afeminados pueden quedarse con sus madres o en la cama de su chulo. ¿Sabes lo que es esto, chico? –El legionario llevaba dos botones negros en la guerrera. Sergio negó con la cabeza-. Son dos medallas negras. Tipos a los que maté a duelo con mis propias manos porque eran unos maricones parecidos a ti. Así que ándate con ojo si vas a vivir con nosotros. Ahora, no eres nadie. Si quieres estar con nosotros, serás un caballero legionario que morirá con honor porque para eso entras aquí, para morir. Así que piénsalo antes de firmar, porque ahora estás bajo las faldas de tu madre; si firmas, estás bajo el mando inmediato de mis cojones. Ahí tienes todavía la puerta de la calle.

-Quiero firmar. –Dijo Sergio.

-¿Sabes escribir y leer? –Sergio asintió-. Muy bien; dadle a este los papeles. Se viene con nosotros para Sevilla esta misma noche. –Los otros dos legionarios no hablaban; serios y rígidos, uno entregaba a Sergio un papel, mientras otro rebuscaba en un gran bolsón de tela verde depositado en el suelo.

El legionario que lo recibió se acercó con las manos atrás.

-Pon el nombre que quieras, a nosotros nos da igual ¿Comprendes? Ahora eres otro y, a partir de ahora, vas a tener dignidad para lo único que tienes que hacer por tu patria, obedecer y morir. No se te olvide firmar, o poner la señal que quieras, debajo de la fecha: doce de marzo de mil novecientos treinta y seis. Muy bien, ya eres un caballero legionario. Yo soy el cabo Hortaleza. –Sergio no pudo articular palabra porque recibió del cabo una patada en los testículos que casi le hizo perder el conocimiento. El suelo estaba húmedo y frío pero tumbada la cara sobre él sentía algún alivio.- Levantad a este mierda y que se ponga el uniforme sólo con camisa. Y tú, mierda, ya sabes quién es el cabo Hortaleza.

Con veintitrés años, al finalizar la Contienda Civil, Sergio había ascendido a sargento legionario por méritos de guerra, lucía la Cruz Laureada de San Fernando y cerraban su chaqueta tres medallas negras, una de ellas por la memoria del cabo Hortaleza, al que mató un par de horas antes del asalto final a Badajoz. El mismo general Millán Astray intervino para que permitieran a Sergio ingresar en la guardia civil, encomendado de un servicio especial como era su deseo, lejos de Logroño, adonde nunca regresó por más que sus padres se lo rogaron por escrito.

Cuando no cabalgaba la Sierra de Monda con su tropa, a Sergio, el sargento Aguilera, le gustaba ir al burdel, siempre de paisano. Era bienvenido; su presencia alejaba, según doña Frasquita, las trifulcas incontroladas de los falangistas que, en un arrebató místico, podrían arruinar aquel refugio. Rara vez se acostaba con una mujer “El civil”, como le apodaba Paqui “La Corteña” con quien tanto se reía; en muchas ocasiones, se limitaba a charlar sobre las faenas del campo y las viñas con Meli, “La Sincoles”, criada en una casona rural de Toro. Al héroe de la cruzada nacional le encantaba ocupar en aquel salón los pocos ratos libres de que disponía, hablando y bebiendo lo conveniente.

Una mañana de niebla espesa y frío, la patrulla se replegó antes de lo previsto. En el cuartel, la esperaban para la noche y nadie cocinó para los guardias solteros. “Véngase a mi casa, mi sargento” le insistió el cabo Matías. Sergio había aprendido de sus años legionarios a no confraternizar con los soldados más allá de lo imprescindible. Escrito su informe, se dirigió donde Doña Frasquita, que tardó un buen rato en sentirse tranquila; creía que la hora inusual de la visita y el uso del uniforme se debían a la intención de detenerla, o de arrestar a alguna de sus pupilas. El sargento Aguilera almorzó rodeado por seis prostitutas. Repitió la ración de cocido; cayó en la cuenta de que llevaba muchos años comiendo rancho militar o latas. Había olvidado el sabor de

los caldos que su madre preparaba, el aroma de la madera doblegada mediante el fuego de serrín, o el sueño profundo y reposado tras cada día de labor dura. El recuerdo es mal amigo de los solitarios. Alabó a la cocinera su buen gusto; le preguntó dónde había aprendido a guisar, y recibió respuestas evasivas a las que él no quiso dar mayor trascendencia. Tan importante como saber es saber ignorar. Le resultó simpática aquella chiquilla chatorra, delgada y poco agraciada, Tere “La piconera”. Alguna vez, se había cruzado con ella en las escaleras de la pensión. Llovía con fuerza y el sargento pidió un café; doña Frasquita ordenó que le pusieran uno de los de verdad, de ése que traía de estraperlo un maquinista de tren, muy amigo de “La Corvá” y que usaba como pago a los servicios prestados por esta chica, famosa por su beso francés. Aguilera rogó un aguardiente para celebrar el café. En la chimenea, crepitaban las gotas de agua que se colaban con la ventolera. Tere llegó con la botella de orujo y el sargento le indicó que se sentara.

-Mi familia es de muy cerca de aquí, mi sargento –Le contaba Tere, mientras Aguilera daba pequeños sorbos al tazón sin dejar de mirar a sus ojos, como si la interrogara. De vez en cuando, ella fijaba la vista en el suelo-. De un pueblo muy cerca de Ronda, de Teba. No sé si usted lo conoce. Teníamos un campo, una huerta al lado del río. Mi madre murió cuando yo era chica y me encargué de la cocina, junto con mi Rosario, mi hermana mayor que me enseñó todo lo que sé ¡Tenía unas manos! ¡Hacía unos gazpachos, unas sopas de rape! Era la alegría de la casa.

-¿Qué le pasó?

-Murió –Agachó la cabeza Tere.

-¿En la guerra? –Tere asintió- ¿Los rojos? –Negó- ¿Los nacionales? –Tere callaba- ¿Qué pasó, pues? –Ella tragó saliva.

-Mi padre se juntaba mucho con el boticario del pueblo, un señorito venido de Granada, Don Faustino Ríos-Puente. Cuando acababa la faena, por la tarde, después de merendar fuerte, como a él le gustaba, cogía la mula y se iba al pueblo, a la botica. Mi padre no iba a las tabernas, como los demás y, desde que se murió mi madre, apenas hablaba. A él sólo le gustaba irse con Don Faustino y, en verano, era fácil verlos pasear al atardecer por el pueblo, o por el camino de la huerta. El pretendiente de mi Rosario decía que Don Faustino no era trigo limpio, que venían gentes desde Ronda y hasta desde Málaga a verlo y a hablar con él, que en el pueblo se decía que era anarquista y que sabía fabricar bombas, por eso venían a verlo gentes extrañas. Mi Rosario le regañaba, pero mi padre agachaba la cabeza, callaba y se iba. Mi hermana lloraba y rezaba a la Virgen. El pretendiente hasta la dejó. Don Faustino se fue a Málaga porque había salido de algo de político, pero yo no sé qué era. Lo que sé es que cuando empezó la guerra, los falangistas quemaron la farmacia de Don Faustino y mi padre se refugió en el monte. Vinieron a la casa a buscarlo y le pegaron a mi hermana delante de nosotras. Eran del pueblo. Lo rompieron todo y arrancaban los mechones de pelo de mi hermana a tirones. Uno dijo “dejadme a esta tía que yo la entiendo” y le pegó con la pistola en la sien. Mi hermana abrió así la boca como para gritar, pero no dijo nada, se cayó al suelo. Los falangistas se fueron. A los pocos días después del entierro volvieron por nosotras.

-¿Cuántas erais?

-Seis hembras. El único varón murió muy chico. Volvieron. Nos llevaron a la plaza del pueblo y allí estaba mi padre muerto, echado sobre un mulo. No nos dejaron acercarnos a él. El que mató a mi hermana y otros dos nos raparon y sacaron las pistolas para decirnos que nos marcháramos del pueblo. Que éramos las hijas de un rojo. Fuimos andando por los caminos y un camión nos trajo hasta Coín. Aquí me recogió Doña Frasquita. Mis otras hermanas se fueron a Málaga; por un pescadero que viene de vez en

cuando, sé dónde para una de ellas; de las otras no sé nada. Doña Frasquita no podía recoger a más, vaya que la señalaran de desafecta. Se quedó conmigo porque necesitaban una cocinera.

Tere miraba al suelo. Su tono de voz monocorde mitigaba el dolor a la narración. El sargento Aguilera, muy serio, dio el último sorbo a la copa de aguardiente y se despidió con mucho respeto. Tere creyó haberlo ofendido en algo.

-Los hombres son muy raros –la tranquilizó doña Frasquita- y los hombres como él siempre llevan algo roto aquí dentro. -Se señalaba el pecho.

-Pues una mujer no será -añadía “La Corvá”- porque ése las veces que ha subido conmigo, he visto que no sabía nada de nada. De mujeres nada. Con fulanas habrá estado en África y por toda España, que tampoco creo que haya estado con muchas; pero con decentes, ninguna. Por eso tiene esa mala leche que tiene. El otro día me contaron que pilló a dos en la sierra y para que dijeran dónde se escondían los suyos, ordenó que pusieran la cabeza de uno contra una piedra y él mismo se la reventó con otro peñasco. Es malo, os lo digo yo.

-Cállate, niña, que nos vas a buscar una ruina como te oigan, desgraciada –Dijo Doña Frasquita con el puño cerrado.

Transcurrieron dos meses sin que Aguilera acudiera a la mancebía. Un camión se detuvo de noche ante el hostel. Los falangistas, junto con el cura del pueblo, descendieron con varios bidones de gasolina. Llamaron a la puerta como si quisieran echarla abajo. Abrió doña Frasquita con cara de miedo y todas sus pupilas detrás de ella. Algunos hombres escapaban por el muro del patio trasero. Habló el jefe de la escuadra.

-Tú y las tuyas tenéis dos días para iros de aquí. En la España de Franco, no queremos putas. Mira lo que llevamos –señaló los bidones-. O en tres días estáis fuera del pueblo, o le pego fuego a esta casa con vosotras dentro. ¡Zorras! ¡Arriba España! –El grupo

entero, incluido el sacerdote, gritó al unísono alzando la mano. Montaron en el vehículo, mientras dos de ellos escribían insultos en las paredes de la casa. Cuando se marcharon, Doña Frasquita dijo con un gesto de hielo: “Arreglad las cosas que mañana nos vamos”. Compuso la toquilla sobre los hombros y subió a su habitación.

Una semana después del exilio a Málaga del destacamento hetaira de Doña Frasquita, Aguilera regresó de la sierra con una grave herida en la rodilla. La comandancia general había articulado una gran batida que pretendía acorralar a los maquis desde distintos acuartelamientos del lugar y perseguirlos hasta hacerlos confluír sobre un único paso entre Coín y Alhaurín el Grande; el mando de aquel final de embudo se confió a Sergio, guardia de reputado nombre como estratega y hombre de guerra. El sargento respondió a las expectativas de sus superiores y llegó, incluso, a la lucha cuerpo a cuerpo, junto con los escasos hombres que la obnubilación patrioter de los oficiales había previsto para capturar al desbaratado ejército de la República. Durante el enfrentamiento a golpes con un miliciano, recibió una puñalada en el menisco que le desgarró la rótula y lo hizo caer, aunque tuvo tiempo de descargar la Luger, regalo nazi, sobre el pecho de su extenuado contrincante. Aquella operación supuso un fracaso y una matanza provocada por el desprecio hacia los vencidos, a los que ya no quedaba otra cosa que perder, sino su muerte de pie. La parafernalia triunfante franquista había enviado a sus peones a un sacrificio evitable con que hubiera ofrecido una salida a quienes huían. La noche anterior a la refriega, Aguilera no durmió, revisó el armamento de su escasa y mal pertrechada guarnición que había tenido que requisar comida a los campesinos de los cortijos cercanos. Cuando amaneció, ordenó que todos se asearan con esmero, les pasó revista, como si estuvieran a punto de desfilar. Les hizo resguardarse y comprobó los parapetos, cogió el sable colgado en su mula y esperó de pie y delante de las líneas defensivas, la llegada de los primeros

perseguidos que arrastraban, ya, muchos días de acoso y penurias. Alguien recordó una imagen parecida de Prim que regalaban los “Chocolates López” en 1925. Fue el primero en caer herido, pero con más suerte que la mitad de sus soldados que sucumbió durante los sucesivos y desesperados ataques nocturnos de quienes se sabían acorralados y buscaban la dignidad de sus derrotas.

Sergio Aguilera fue dado de alta cinco meses más tarde en el Hospital Militar de Málaga. El mismo Millán Astray acudió a verlo a la cama pocas horas después de que le amputaron la pierna; la suciedad de la herida y el tiempo que tardó en ser curada no permitieron a los médicos salvarla. Entre el delirio de la fiebre y la somnolencia de la morfina, recordaba que un hombre tuerto y enjuto como una calavera, vestido con uniforme de la legión, le decía: “Has cumplido y por eso la patria te lo agradece. Un militar tiene que saber morir. Aquí te dejo mi retrato firmado, muchacho.” Luego, un beso en la frente y un olor a linimento que permaneció en el aire, a pesar de que aquella figura se había disuelto hacía rato. Tras el aseo, el desayuno y la inyección de calmante, las monjas le colocaban con esmero todas las medallas, de modo especial la última, sobre la camiseta blanca al, ahora, alférez honorífico Sergio Aguilera, mutilado de guerra con derecho a pensión vitalicia.

Cuando salió del sanatorio, la visión de las casuchas del barrio de La Victoria le parecía irreal, de un blanco tan fuerte que dañaba la vista. Hacía mucho calor y los jóvenes novicios que bajaban canturreando desde el cercano Seminario otorgaban un aspecto de mortuorio salino a una ciudad que, al fondo, bullía tranquila a los pies de su catedral marinera, coja como él. El asistente que Millán Astray le había asignado durante dos meses se acercó con un automóvil de gasógeno, adornado por banderines metálicos de la legión. Sergio Aguilera se quitó las medallas con que habían adornado

su chaqueta de hilo gris. Dio un codazo al soldado cuando intentó ayudarlo a entrar en el coche.

-¿Hacia dónde vamos mi alférez?

-¿Cuál es la casa de tratos donde mejor se come en esta ciudad?

-Dicen que la de Doña Frasquita, mi alférez.

-Pues vamos.

Amanda López

Mi memoria custodia fotos de aquellos años en que las horas encajaban su tic-tac de calma y leíamos el mundo como un plano de calles conocidas. Hoy soñé que huíamos y, como sólo ocurre en este intransferible cine mudo, sentíamos felicidad en blanco y negro, no hablábamos e imaginábamos los dimes y diretes, la indignación sobreactuada de quienes nunca querrían vernos juntos de nuevo.

Desayuné con parsimonia y apenas comprendí las noticias que con desgana canturreaba un locutor entre intermedios publicitarios; bajo la ducha aún reproduje el vértigo de acariciar de nuevo tu mano. En la oficina me preguntó una compañera el porqué de mi sonrisa en solitario, la mantuve todo ese día; supe que habitas en mí, que, contra todo pronóstico y ahora que la existencia nos intimida con su aspereza, sólo te perdería cuando el final de mi conciencia. Acepto mi destino.

Julia Lezo

Sus relaciones con los hombres enunciaban un problema complejo. Nunca rechazó a nadie de cuantos se le acercaron. Julia ofrecía orgasmos para recibir, si no amor, cariño al menos. Su conversación, cuando el primer encuentro, funambulaba por los círculos de sus labores como cajera en una sucursal bancaria, o sus métodos particulares para la contabilidad de ingresos y gastos; de vez en cuando, recordaba anécdotas y repetía la de un drogadicto iluminado, encarnación del Espíritu Santo, cuyo don desmaterializaba su cuerpo corrupto para que atravesase los cristales blindados. La sangre de nariz y frente inundó el depósito de las monedas. Julia, además, se sumergía con insistencia en un ramaje de datos, fechas, colores y sucesos laterales que adormecían al oyente entre su destreza para que las manzanas al horno no quedasen blanduchas, algún truco para eliminar la grasa de los rincones de la cocina, y otras cualidades domésticas. Sin embargo, sus piernas, pechos y minifaldas despertaban el deseo de compañeros que acudían desde otras oficinas para que les concediera una noche. Diosa del tedio agraciada por una escultura eterna.

Julia respondía amable y empática a los mensajes que le comunicaban la ruptura de las incipientes relaciones amorosas, siempre basados por los otros en el bienestar de ella y la amistad que, a partir de ese momento, fructificaba sólida entre ambos que, incluso, no impediría quizás, cuando las condiciones anímicas lo permitiesen, un futuro encuentro conmemorativo. Tras cada final, se acostaba frente al televisor muchas horas durante las que emergían sueños luctuosos junto a figuraciones de novicia en convento.

Por consejo de unas amigas, Julia fue a una psicólogo cuando cumplió los treinta y siete. Tras cinco meses, apenas avanzaban en la cura; el laberinto de su charla abatía las sesiones.

-Pues anoche conocí un chico en “El Level”, un bar, por cierto, muy agradable para gente de nuestra edad. No me gustan los locales que se llenan de niños, o con la música que no permita la charla. Mis amigas me llevaron allí. Yo me fijaba en él, pero no quería mirarlo demasiado para que no se asustara porque estaba solo y ya sabes cómo son los hombres, mucho gallo pero se intimidan por nada. –Risotadas-. Luego, me acerqué porque habíamos puesto los abrigos sobre un taburete y él, sin querer, les dio con el codo y se cayeron; el mío, por suerte, quedó encima, el de mi amiga Lola Berrocal, la que trabaja en Hacienda, acabó en el suelo, debajo de todos los demás y se manchó de un líquido pegajoso y aroma dulce, como restos de licores. El muchacho fue muy amable y me ayudó a recogerlos. Muy guapo, con una media melena negra y perilla. Un aspecto muy moderno. Me enseñó un tatuaje que le cubría el tobillo, una letra china sobre un escudo tribal. Dijo que lo ideó en un viaje a Praga. La verdad es que me atrajo mucho eso de que estuviera tatuado; una vez me acosté con un chico que se tatuó un lobo en el pecho. La experiencia con él fue maravillosa.

-Espera, Julia, un momento; vuelve a explicarme cómo era el chico.

-¿El del lobo?

-No, el otro.

-Pues de mi altura, un poquito más bajo quizás; muy moderno, así, con media melena y perilla, delgado, vestía pantalones de cuero, una camisa morada y el tatuaje en el tobillo.

-¿Te dijo en qué trabajaba o a qué se dedica? No es bueno para ti que vayas con alguien del que desconozcas sus datos.

-Sí. Me explicó que gestiona los negocios de un primo suyo y resuelve trámites burocráticos en general. Le aseguré que le encargaría la renovación de mi carné de conducir; caducó y no me di cuenta. Me contestó que lo tramitaría con mucho gusto, que fuese a verlo a su oficina.

-Bueno y cuéntame. ¿Cómo fue la noche?

-Pues muy bien. Bailamos. Luego fuimos a otro bar, el “Trifásico” y charlamos sobre muchas cosas. Muy agradable. Allí me dijo que debía marchar, que lo había pasado muy bien conmigo, que yo le gustaba mucho y me dio su número de teléfono para que nos reuniéramos la semana próxima. A mis amigas les desperté mucha envidia porque les parecía muy guapo y educado. Quedamos en que nos llamaríamos el miércoles.

-Veo que te gusta y eso es importante para ti, Julia. Así que considero necesario que me visites el jueves. ¿Te viene bien?

Aquel tipo soportaba con fortaleza el bucle de conversación de Julia. Las amigas, con estrategias tácitas, se retiraron hacia la otra esquina. Sonaban melodías comerciales de moda.

-¿Qué tal ayer con ese chico, Julia? –Preguntó su psicóloga con gesto serio.

-Muy bien, doctora. Un encanto. Nunca me he sentido tan comprendida por un hombre. Además parece muy tolerante. Le conté muchas cosas de mi vida; no sé, recuerdos sin importancia de mi niñez, mi trabajo, y él me escuchaba. Siempre he tenido la impresión de que los hombres no me atendían; sólo me soportaban hasta acostarse conmigo para huir luego; excepto aquel cajero de la 116 de Marbella que volvió a llamarme, pero estaba casado.

-Julia, céntrate en lo que estás contando, en la noche de ayer.

-¿Sabe, doctora? Hablamos mucho. Me aconsejó sobre los enfoques de la realidad; a veces parecía psicólogo.

-¿Le comentaste que asistes a mi consulta?

-No. Verá...me dio vergüenza. Temía su reacción; no todo el mundo comprende estos problemas. Hace mucho que no espero a mi príncipe azul, pero quisiera encontrar a

alguien con quien compartir buenos momentos juntos. Actos cotidianos como pasear, ir al cine, o beber un té en compañía.

-Los demás tienen que aceptar tus defectos para que cualquier relación nazca con posibilidades de éxito. Sé sincera si os encontráis otra vez.

-Sí. Hemos quedado el martes próximo.

-¿Y el fin de semana?

-Viaja con su madre. Me dijo que vivía con su madre, por eso no pudimos llegar a más ayer; se preocupa cuando no aparece por casa a una determinada hora.

-¿A qué te refieres con que no llegasteis a más?

-Bueno, tras la segunda copa nos besamos. ¡El martes quién sabe!

-Bien, Julia, entonces nos citaremos el lunes próximo. Convendría que abordásemos algunas cuestiones. ¿Te parece?

Durante el fin de semana, Julia flotó entre los algodones de las tiendas de ropa y los efluvios de las perfumerías. Aquellas braguitas leves le endulzaban su figura sobre el amuleto de unos nuevos tacones de cristal. El domingo disfrutó mascarillas dermatológicas, laca de uñas, depilatorios y tintes para el pelo. Abordaría el martes con el artesonado de tres días previos.

-¿Qué tal tu fin de semana, Julia?

-Muy bien, doctora.

-Disculpa un momento. –La doctora abrió la puerta. –Pasa –dijo hacia fuera-. Julia, te presento a Álvaro, mi novio, aunque ya sé que no necesitáis presentación. Julia, abona la factura a mi enfermera, como comprenderás no puedo seguir tratándote.

Charles

Como un decorado de neblina, recuerda los mimos de su madre junto a un osito de peluche blanco dentro de la cuna. Algo cambió. Nochebuena. Charles entra en casa y un fuerte olor a ácido le llega desde la cocina; mamá se bebió el coñac con que hierve la carne; como casi todos los días, lo ha vomitado. No está bien su estómago. Papá también se acostó hace rato; ronca con fuerza desde su mundo de sueños tormentosos; papá también bebe, más en fechas señaladas. Charles coge algo del frigorífico y enciende la tele; sube el volumen para no oír la de los vecinos. Pronto se quedará dormido sobre el sofá. Otra Nochebuena en su calendario adolescente. Por la mañana, sus padres aún tardarán en despertarse. Prefiere ir a la calle; desde hace unos años, los comercios abren todos los días y la Navidad es más divertida, dentro se está calentito y las chicas vestidas de rojo ofrecen porciones de turrón.

Doña Encarnación Romero

El confesor reiteró que no era su pecado. Aquellas palabras la alentaron y, tras la misa, regresó a casa. La criada había dispuesto la cena y los niños estaban vestidos con pulcritud para sentarse a la mesa; en pocos minutos, aparecería mi abuelo, hombre de costumbres y horarios muy rígidos. Sus jornadas laborales comprendían desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche; así, excepto navidades, Semana Santa y alguna que otra festividad religiosa, fechas en que ni siquiera acudía a dirigir aquella oficina bancaria; legaba sus funciones a un subordinado. Nunca faltó, eso sí, su columna publicada en *La Unión Mercantil*, diario de los conservadores católicos malagueños, salvo las tres únicas ocasiones del año en que no se editaba el periódico. Mi padre recordaba el repiqueteo de las teclas tras la puerta que cerraba el despacho de mi abuelo, presidido por un retrato del día de su boda y un crucifijo negro con algún borde quemado, restos de la Guerra Civil. Aquellas pocas ocasiones en que la Rémington sonaba por el patio interior, mi padre, incluso, oía cantar a mi abuela por los pasillos, la comida sabía alegre y la casa se acostaba más luminosa. Murió con mediana edad mi abuelo, Juan José Relosillas, pero quedó su familia en buena situación económica, modesta, aunque sin penurias. Legó para el futuro su obra y pocas incógnitas sobre su biografía.

Cierto día de verano, mi padre decidió tomar una cerveza en un bar al que no solía acudir. En la barra, un par de personas discutían junto a él; mi padre no les prestaba atención.

-Eso que dices no tiene sentido, Tomás; ha habido muchos como él en Málaga ¿no?

-Hasta, ahora, y demostradme lo contrario, el mejor articulista fue mi padre. De columna diaria ¿eh? Otra cosa es que uno comulgue o no con sus ideas. Recordadme

otro mejor que mi padre, venga, nombradme uno de aquella época. –Vociferaba con bravuconería.

Mi padre, persona taciturna, ante el grado de pasión que aquel parroquiano gastaba para discutir tema tan inusual en las tertulias tabernarias, quiso saber el nombre que defendía, por si hubiera pertenecido al reducido círculo amistoso de mi abuelo, varios escritores de los años cincuenta en Málaga.

-Perdone, señor, no he podido evitar oír su comentario ¿Quién era su padre?

-El mejor articulista de Málaga, Juan José Relosillas Mellado.

A mi padre le temblaron las piernas y le cambió el gesto; miraba a los ojos de aquel tipo intentando descubrir el chiste o el juego que se proponía.

-Mire usted, como broma no tiene gracia. –Dijo solemne-. Soy el hijo de Juan José Relosillas y no le consiento que mencione usted a mi padre.

Al hombre del bar se le alegró el gesto.

-¡Hermano! –Lo abrazó mientras mi padre forcejeaba para que lo soltara; aquel tipo era grande y corpulento.

-¿Qué dice usted? –Mi padre temía una bronca de barra. El bar entero miraba.

-Sí, hombre, sí. –Bajó el tono, casi hasta la confidencia-. Tú te llamas Emilio, tu hermana Esperanza, y tu madre, doña Encarnación Romero López. Papá me habló mucho de vosotros. Yo sabía que tú ignorabas mi existencia y la de mi madre, doña Mercedes Salazar; yo me llamo Tomás y llevo los apellidos de mi madre, Salazar Valero. Papá nos prohibió que nos acercáramos a vosotros bajo ninguna circunstancia y hemos respetado su voluntad. Pero si aceptas las casualidades, podríamos sentarnos y charlar un poco.

Mi padre, aturdido, aceptó compartir con aquel desconocido una mesa alejada de los curiosos que comentaban el incidente en voz baja y con desparpajo.

-Papá venía casi todos los días a casa, ya sabes lo metódico que era. Imagino que tendría sus dificultades, y más con la moral de aquella época en que a la gente le gustaba controlar las vidas ajenas. Las navidades, por ejemplo, las celebrábamos unos días más tarde que el resto del mundo. Papá le daba a mi madre un dinero extra y, así, podía preparar una comida especial. A papá le gustaba ponerme a leer su artículo sentado sobre sus piernas. Hombre, las fiestas sin él eran tristes y yo lo pasaba mal de niño; no entendía por qué no estaba con nosotros. Mi madre me decía que papá viajaba; inventó familia en San Sebastián. Cuando murió, acudimos a su entierro el día siguiente. A los dos meses, ingresé en el Seminario de aquí de Málaga; mi madre cosía para la calle y, luego, en los años sesenta, trabajó en una fábrica de hilaturas; yo me salí del Seminario y con los ahorros -que no sé cómo los consiguió mi pobre madre- estudié Derecho en Granada. Hoy tengo un bufete con varios socios. ¿Sabes? Mi madre siempre quiso a papá y le guardó luto durante toda su vida; ahora, hace cinco años que murió, la pobre.

Mi padre llegó serio a casa; adujo que le dolía la cabeza y que el calor lo había malhumorado, apenas comió gazpacho y fue esquivo con las preguntas preocupadas de mi madre y de mi abuela, que vivía con nosotros. Cuando finalizó el almuerzo, pidió a su madre que por favor lo acompañara; tenía que hablar con ella. Yo, niño curioso, había localizado una rejilla de calefacción que comunicaba dos habitaciones y oí toda la conversación. Mi abuela lloraba.

-¿Qué os hubiera contado? ¿Que tu padre mantenía dos casas? A mí me daba vergüenza pero la vida, entonces, funcionaba así. Yo casi era una niña cuando me casé, y me enteré de eso años después. Tu padre tenía ese carácter. Además, cállate; si tú has pasado vergüenza, no sabes la que yo pasaba, ni lo que lloré. ¿Qué iba a reprocharle a tu padre?

-Pero alguna vez, en todos estos años, algo podrías haber dicho, porque tú conocías lo del otro. -Alzó la voz mi padre.

-Sí. Claro que lo sabía, le estuve enviando dinero a la madre para que pudiera estudiar su hijo. Bastante tenía, la pobre con lo que tenía. Hablamos con D. Eduardo, mi confesor, para que ingresaran al chico en el Seminario. Era él quien se encargaba de entregarle una cantidad de dinero que yo le pasaba cada tres meses. Don Eduardo también seguía la vida de esa familia. Era una buena mujer. Sólo la vi aquella vez en la misa de difuntos por tu padre, y al chico nunca lo conocí. Yo tenía todo eso enterrado, ni siquiera sabía si seguían viviendo en Málaga, ella era del norte, creo.

Mi padre continuó con sus preguntas y mi abuela se calmó; según pude saber, mi padre, cada ciertas semanas, pasaba por aquel bar del que su hermano era asiduo y charlaban e, incluso, almorzaron juntos en alguna ocasión. También acudieron para conocerlo mi tía Esperanza y mi madre. Mi abuela Encarna prefirió no ir; podía llevarse una impresión muy fuerte porque no había duda de la paternidad de mi abuelo; comentaban que se parecía muchísimo a él pero con un carácter más afable y alegre.

Siempre he estado convencido de que mi abuela sentía lástima por aquella mujer, despreciada por la sociedad de aquellos años, a pesar de que esa otra evitara un conflicto sexual a la legítima.

Mi abuela se casó en 1935 con diecisiete años. Católica, apostólica e ilusionada. Mi abuelo era mayor; con treinta, un hombre tenía que sentar la cabeza, adoptar responsabilidades, es decir, mostrar su estatus social, fundar una familia, tener hijos, disfrutar de la rutina y la calma hogareñas. Poco antes de la boda, mi bisabuela, instruiría a su hija con las nociones de sexualidad que, en su día, le confiaron a ella. “Déjate hacer, hija mía; entrégate, y piensa en la Virgen María en todo momento”. Noche de bodas. Una jovencita sentada en la cama, nerviosa y ruborizada; el marido, medio borracho, aún, del banquete apura un cigarro cubano dentro de la habitación; con parsimonia, deshace el nudo de la corbata y desabrocha su chaleco. Sabe que esta niña

no es como las suripantas de Tetuán, donde hizo el servicio militar y adquirió su experiencia con las mujeres. Esta es limpia; no pasará tan buen rato como en aquellos burdeles, pero ella es la sagrada, ninguna perversión cabe en aquel lecho; nada de contarle chistes soeces, ni acariciarla, ni lamerla, ni quitarle las medias a bocados. Esta es la sagrada madre de sus futuros herederos. Silencio. Para lo demás, buscará alguna.

La niña sale en camisón del servicio; pide con risa nerviosa a su esposo que apague la luz. En la oscuridad, breves besos en los labios, la mano brusca que palpa entre las piernas, para ir alzando el camisón y el hombre que gira sobre ella hasta caer encima. Gime. El marido se excita, aunque se contiene y la penetra poco a poco. Aquello duele a la chica, no es como alguna amiga le había comentado. El esposo considera que hay que acelerar la cadencia; la chica se contrae dolorida. Aquel rito invoca su deber, la consumación marital; no puede decir nada, ni quejarse siquiera. Calla. Gime un poco con los labios apretados. El hombre cabalga con más fuerza. Ella llora. “Santa María, madre de Dios”. El marido cae extenuado, como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Tras unos segundos, se tumba a su lado, desea a la nueva esposa buenas noches, la besa en la frente y se abraza a ella que, confusa, recibe aquel gesto como muestra de ternura. En pocos minutos, la recién casada, oye la bronca respiración, el sueño del macho con quien compartirá toda la vida. Permanece quieta con los ojos fijos en el techo. Siente la necesidad de ir al retrete, de su vagina fluye un poco de sangre mezclada con esperma que limpia en la palangana con agua fría. El débito conyugal. “Dios te salve María, llena eres de gracia”.

Mi abuela sentía pena por quien supo que la liberaba de aquella labor. Siempre sería la denostada por cuantos descubrieran la relación ilegal que mantenía. Aquella mujer, pilar de la paz doméstica, ni siquiera pudo asistir al entierro del padre de su hijo.

Ana Líbar

Por las noches, Ana Líbar mecanografiaba un buen número de secretos, miedos e indecisiones a un tal “Zowi”, nombre que desplegaba una inmensa capacidad de comprensión y ternura en cada respuesta. Ana, su rostro iluminado por la luz tenue del ordenador esperaba, confusa, la apertura de esa ventanilla particular que la confortase desde el ángulo superior de la pantalla: “Buenas noches, cariño. ¿Qué tal tu día?” Durante el rato en que permaneciera ante aquel altar, prohibió a Melchor, su marido, que entrase en el despacho: “No tienes derecho a invadir mi intimidad; no hago nada malo, sólo hablo con otra gente, y quiero sentirme libre en mi propia casa”. Melchor aceptaba; no comprendía bien las nuevas obsesiones de su mujer, de pronto inflexible con el horario nocturno que ordenaba el hogar, y obsesiva hasta el extremo de diseñar una incómoda disposición de los muebles en el estudio para que su mesa se situara frente a la puerta; nadie leería sus escritos sobre el hombro aunque entrase inadvertido. Su esposo, a veces, la oía reír; aquello lo desconcertaba; tampoco sabía cómo quejarse del malestar provocado por un sentimiento sin origen preciso. Justificaba aquellos hábitos como un paliativo a la monotonía doméstica. Desde que iniciaron la convivencia, Ana se sumió en el cuidado de los hijos y en el trabajo. Su pareja padecía una jornada y sueldo de esclavitud, nunca regresaba antes de las nueve de la noche; desde un primer momento, voluntaria, cargó sobre sí las responsabilidades del funcionamiento doméstico mucho más allá de un reparto equitativo. Melchor no iba a prohibirle una expansión tan inocente, ni tampoco se mostraría celoso ante sus relaciones fantasmagóricas con un teclado. “Lo mismo, eso del *chat* es un programa mediante el que la propia máquina inventa un personaje. Vete a ver”. Ana comenzó a notarse extraña en sus relaciones conyugales. Nunca se había planteado las actitudes de

su marido hacia ella, ni qué la atrajo hacia sus brazos cuando se conocieron; ahora, lo comparaba con Zowi y Melchor razonaba sus opiniones de un modo tan simple que carecían de interés. Ana jugó con veneno. Después de cada sesión en su ciber-mundo, memorizaba algunos argumentos de Zowi y, en cuanto le era posible, proponía las mismas preguntas a Melchor. Las respuestas encauzaban lo evidente; no es que su marido hubiera mermado su capacidad de exposición con el tiempo, sino que Zowi le iluminaba enfoques de lo cotidiano mucho más atractivos y acordes con ideas que Ana intuía, aunque nunca las hubiera sabido expresar. Una tarde de primavera, se atrevió:

-Creo que estoy enamorada, Zowi.

-¿De quién, Ana?

-De ti, mi vida.

-

-

-

-¿Estás ahí, o te has caído, Zowi? ¿Te has caído?

-No. Estoy aquí, Ana. Estoy llorando, mi vida.

-¿Por qué, Zowi?

-Me ha emocionado mucho, Ana. Déjame que te hable. Yo nunca he enamorado a nadie. Ahora me da miedo lo que me dices. Tú desconoces muchas cosas, casi todo de mí. Me da miedo.

-Pero, Zowi, me siento bien contigo. Creo que deberíamos vernos, si tú quieres.

-No, Ana, no creo que aún sea conveniente. Por favor, no.

Tras su declaración, Ana pensaba risueña en él a cada instante; hacía meses que le concedió voz y rostro supuestos; no le importaba cómo fuese, presa por su gracia,

inteligencia y, sobre todo, la integridad moral que traslucían sus juicios sobre los sucesos públicos de la jornada.

De aquellas conversaciones iniciales, cuando la charla explora esas coincidencias que justificarían futuros contactos, Ana recordaba que Zowi era jefe de escaparates y decoración exterior en un comercio de muebles. Su correo “a_lopezveg@lafde.es” delató por casualidad su lugar exacto de trabajo; la enamorada descubrió una dirección electrónica parecida en el anuncio a toda página que editó un periódico de ámbito internacional: “La factoría del descanso”; enorme almacén de Madrid donde se podían comprar a un precio excelente, aunque elevado, los mejores sofás, sillones, sillas, y dormitorios. Suponía una gran responsabilidad mullir para el sueño aquellos escaparates que brillaban en las fotos. Ana comenzó una colección de reportajes publicitarios. Melchor, ante esta impetuosa devoción de su mujer por la tapicería, miraba al tresillo con una cierta conmiseración; poco tiempo le quedaba en aquella sala, desplazado por uno nuevo de firma prestigiosa. Por su aniversario, para confirmar su solidez, la empresa felicitó a sus clientes a través de la prensa especializada. Con una amplia sonrisa y en cuidado orden, aparecían los directivos y responsables retratados en la escalera de la fachada principal, tras un sofá blanco donde dormía un bebé junto a tres perrillos y un gato. “Nuestros mejores avales”. Ana estaba segura de saber quién era Zowi. Tan cuidadoso con el nudo de la corbata, con la honestidad que denotaba su rostro de ojos vivaces ante la fuerte luz de aquel día. Un encanto. Ese cartel dibujaba el secreto naipe triunfador de Ana hasta que decidiera lanzarlo sobre el tapete.

El verano familiar, las vacaciones, la demasiada injerencia de los hijos, y el poco contacto con su amado, la pusieron nerviosa. Sus vivencias conyugales se limitaron a satisfacer apenas los impulsos fisiológicos que su marido manifestara; durante el coito

sentía pena de ambos. Aquella mañana otoñal, por esa determinación abrupta a la que conduce el amor, en vez de dirigirse hacia el trabajo, tomó la carretera de Madrid con la euforia de la música a todo volumen y el ansia de llegar que la impelían por un reguero de reflexiones incoherentes. ¿Qué haría cuando viera a Zowi? Anotaba mil cosas que decirle en situaciones diferentes. Tras cinco horas de viaje, se detuvo frente a la empresa; faltaban treinta minutos para el cierre del almuerzo. Esperó en la puerta un rato; en aquellos momentos le hubiera gustado fumar, las agujas del reloj parecerían más rápidas. Entró. Una nave enorme, mayor de lo que ella había pensado; anduvo veloz, entre dormitorios de cartón piedra y chimeneas simuladas, rechazó las ofertas de guía de tres vendedores y dos vendedoras. Los altavoces avisaron del cierre inminente; se angustió, no podría encontrarse con Zowi hasta las cuatro de la tarde. Al fin lo vio. Con el mismo traje y peinado que en la fotografía, alisaba la colcha de una cama; sin duda, le gustaba supervisar por sí mismo la imagen que exhibía el género. Ana se acercó; sus piernas temblaban. Sonrió al verla y se ajustó el nudo de la corbata.

-Estamos a punto de cerrar, señora.

- Zowi, soy Ana Líbar. –El hombre mantuvo su sonrisa.

-Señora, soy Lorenzo, Lorenzo Silva; si en algo puedo ayudarle... No caigo, ahora, en quién es Zowi. –Ana notó cómo le subía la temperatura de las mejillas y un pellizco le apretaba en una zona imprecisa del abdomen- ¿Puedo servirle en algo? -Insistió.

-Busco a alguien del departamento de escaparates y decoración exterior.

-No es aquí, señora, tiene que subir a la segunda planta. La tienda va a cerrar, pero no se preocupe, ellos trabajan con otro horario y, además, tienen su propia puerta de salida.

Ana se dirigió hacia el ascensor como quien, en mitad de un sueño, acude a un examen sin haber estudiado; recordó aquella pesadilla en la que se quedó sin título académico porque desconocía las respuestas. Contuvo las ganas de llorar. No era

posible retroceder. Ante el despacho del “Responsable de Decoración Exterior”, bajo la placa que indicaba el cargo, se confirmaron las mejores sospechas de Ana: “A. López Vega.” Llamó a la puerta. Dentro, una chica con una taza en la mano, de pie frente a un televisor. Ana la reconoció por la foto; una rubia muy guapa situada en la mejor sección visual del grupo.

-Disculpe, quiero hablar con Zowi. –A aquella preciosa mujer se le cayó la taza de las manos.

-¿Ana?

Eduardo Filart

Alimentaba un buen humor más allá del necesario con el sueño de dirigir algún día su propio negocio. Para él, esfuerzo y honradez sostenían la escalera hacia sus pretensiones laborales; cada sábado, compraba una revista de finanzas en la que, tras el análisis de los trucos contables y las fórmulas para especular en la bolsa, se detallaba la hagiografía de un multimillonario, todos luchadores forjados a sí mismos, me explicaba durante el aperitivo de los lunes. “Viajeros de la ilusión a quienes la fe en el progreso los encumbró hasta los paraísos del éxito”, según frase excitada de un articulista.

Una familia foránea llegó al barrio con el final de la primavera. Desayunaban y almorzaban en el bar donde servía Eduardo; pronto se estableció entre ambos una relación afable. Con el establecimiento casi cerrado en el inicio de la tarde, tras el postre, rogaban al patrono y a él que tomaran junto a ellos un coñac caro, o un café especial, cuando lo permitieran sus tareas. Siempre obsequiaron magníficas propinas por las molestias. Eduardo charlaba animoso con ellos; incluso, en una jornada de descanso, lo invitaron a comer en un restaurante de prestigio.

-Pues nosotros -dijo Don Antón Zarretxea- tuvimos que exiliarnos a Sudamérica de jóvenes por motivos políticos. Ya sabes, el final de la dictadura que fue muy difícil; aunque tú eras muy niño para recordarlo. Pero, allí, mi señora y yo tiramos para adelante como pudimos. Sin ayuda de nadie, nos forjamos un capitalito que, luego, invertimos en Uruguay. -A Eduardo no había más que aludirle al sacrificio que desemboca en el triunfo, para hipnotizarlo igual que un adolescente frente a una bailarina de estriptís.- Nosotros podemos vivir, ya, sin trabajar, pero yo no soy de esa clase de personas; yo necesito sentirme vivo, hacer cosas; la verdad es que no

comprendo a la juventud de hoy en día; el kifi le quita la ambición, el afán que uno debe tener para encarar al toro malo de la vida. Yo con tu edad y, en estos tiempos, me comía el mundo ¡Anda que no! Anda, díselo Angustias, anda díselo a Eduardo.

Angustias, su mujer, no respondía, distraída mirando al fondo de la taza; Don Antón solía tronar preguntas retóricas para que nadie le interrumpiera el discurso con la respuesta.

-Mira Eduardo, sin rodeos. Nosotros –Angustias sorbía la taza y contemplaba el techo.- tenemos en Uruguay una finca que es la mayor reserva de palo santo del mundo. Varias organizaciones nos ingresa una respetable cantidad de dinero para que la cuidemos y la conservemos sin talar. Aquí, las fotos que siempre me gusta llevar encima. –Eduardo vio paisajes amplios y atardeceres coloridos con el matrimonio Zarretxea en primer término.- Mira, esto a ti, no te incumbe, pero te lo vamos a contar. Nosotros no vamos a estar toda la vida trabajando para que ahora llegue el Estado y nos robe a base de impuestos; todo para que ellos se chupen el dinero, o lo repartan entre los vagos y delincuentes, que es lo que hacen. Yo sé que tú me comprendes lo que digo. Por esto no estamos bien de liquidez ahora, pero te aseguro que, en breve, nos llegará una remesa buena de dólares desde Uruguay. Nos hemos tenido que venir a Málaga porque dijo el médico de Madrid que a mi señora suegra le convenía el clima y, para mí, lo más importante es la familia; lo demás me trae sin cuidado. Yo ya tengo en la vida todo lo que quiero; hazme caso, amigo Eduardo, si te falta la familia, nada merece la pena. Pero bueno, a lo que íbamos; mira, aquí llevo las escrituras de la finca, en las que puedes comprobar que somos Angustias y yo, los propietarios. ¿Ves? Entonces, cuando disponga de mi dinero, que será dentro de poco, te queremos proponer que vengas a trabajar con nosotros como chófer y responsable de los niños.

-Bueno, yo... -Acertó a decir Eduardo, aturdido por tantos datos y novedades.- Bueno, yo... tengo que pensarlo. No sé... llevo tanto tiempo en el bar que me resulta extraño dejarlo de pronto.

-Mira, hablemos claro. -Cortó con brusquedad de movimientos, D. Antón.- Tú nos gustas mucho para que te conviertas en el encargado de llevar a los niños al colegio, acompañar a Angustias en sus compras y venirte conmigo a los asuntos de negocios; porque eso es otra, tengo importantes cosas que voy a hacer aquí, ya verás... Y tal como está la vida, no puedes contratar a alguien para un puesto de confianza, sin conocerlo. Eduardo, yo sé delante de quién estoy en cuanto lo veo. Tú eres trabajador, responsable y honesto; a mi lado, puedes aprender muchísimo y, ya te digo, si todo va bien, y tú te comportas como sé que lo vas a hacer, esto no es más que un escalón para que luego vueles solo, ya verás. Te abriré los ojos en la vida.

Transcurrieron algunas semanas antes de que Eduardo se tranquilizase y cesara de describir un futuro dulce durante su duermevela y en cada rato ocioso. Los Zarretxea prosiguieron con sus hábitos. No varió la cordialidad con que agasajaban a su ya amigo, pero nunca comentaron la propuesta que los unía. Eduardo me la desveló.

-No sé. ¿Qué quieres que te diga? En caso de que te llame, indícale que tiene que darte de alta en la seguridad social y hacerte un contrato indefinido; pide, también, pagas extra, negocia con claridad los períodos de vacaciones, y un sueldo que te compense el cambio de puesto de trabajo. Si es un hombre de mundo, como dices, lo comprenderá.

Apareció Don Antón por aquella barra a una inusual hora temprana; reclamó, muy serio, la presencia de Eduardo en una mesa apartada y le indicó que se encontraba ya en condiciones para contratarlo, que expusiera sus dudas.

-Hombre, yo... no me puedo ir por las buenas, comprenda que... los años que llevo aquí.

-D. Antón miraba a sus ojos igual que una serpiente a un ratoncillo; Eduardo sentía que le faltaban las fuerzas ante esta encrucijada tan determinante.

-Claro, Eduardo. Vamos a ver, tú cuánto quieres por venirte conmigo.

-Pues, algo más de lo que gano aquí.

-El ochenta por ciento más. -Dijo D. Antón, encendiendo un cigarro y sin mirarlo a la cara.

-Y los papeles tienen que estar en regla, comprenda usted que yo... -D. Antón prestidigitó una tarjeta frente a los ojos de Eduardo.

-Este es mi asesor y contable. Te llegas allí y él te hará los contratos y el alta en la seguridad social. Ya sabes, primero de prueba y luego, indefinido. También cobrarás dos pagas extraordinarias anuales, en diciembre y julio. Mira, si un trabajador no está contento, lo único que tienes junto a ti es un traidor alquilado. Ve esta tarde a la gestoría. Mañana en mi casa a las nueve. Sé puntual.

Se levantó y estrechó la mano de un Eduardo aún confuso por el vértigo ante aquel inesperado horizonte. Don Antón le dio una palmada en el hombro y se fue, sin decir nada. Aquella sensación podría ser comparada a la que viviría un aficionado a la esgrima, por ejemplo, que soñara durante años con el manejo de un florete, hubiera visto cientos de torneos, ensayado con una escobilla todas las posturas y, tras un cerrar de ojos, se encuentra en un estadio con arma de reglamento en la mano, frente a un espadachín olímpico. Aún tenía mucho que aprender del mundo de los negocios.

Días después, me saludó desde un Mercedes, uniformado con un traje azul que compró para sus nuevas labores en una tienda de ropa con firmas internacionales; sólo conservaba alguno viejo para bodas y bautizos. Había firmado un contrato por primera vez en su vida y, con D. Antón conocería cargos importantes que quizás se

transformaran en puente hacia otros caminos. El buen futuro dibujó una sonrisa en la cara de Eduardo que, supongo, mantendría incluso dormido. Ahora, él se encontraba en el otro grupo de personajes del bar, sentado para comer junto a los Zarretxea. Cuando su primer domingo sin obligaciones, se levantó temprano y desperdió, elegante, su mañana sentado en una terraza al sol con varios periódicos sobre la mesa.

La compra de la casa fue una de las tareas urgentes que envolvió a Eduardo; opinaba como uno más por insistencia de sus jefes. Tras muchas visitas, hallaron la que se adecuaba a las posibilidades y al gusto de la familia: jardines, piscina, dormitorios con cuarto de baño y vestidor en la misma habitación, enormes balconadas, columnas recubiertas de mármol, sótano habilitado como bodega, y una barbacoa en el patio. Pertenece al gerente de unos grandes almacenes.

-Mire –dijo D. Antón-, el Estado nos roba como puede y a nosotros nos ha costado muchos sacrificios el dinero que tenemos. Nadie nos regaló nada nunca. -El dueño de la mansión coincidía en todo con su colega de mundo y sensibilidad para el negocio.- Le explico la situación –soltó D. Antón, ofreciéndole un cigarro puro-, a nosotros nos convendría pagarle ochocientos mil, en vez de los quinientos mil. Como usted se las apañe para disimular el sobrante, es cosa suya; porque el dinero se lo entregaremos en efectivo.

D. Antón le relató sus momentáneos problemas de liquidez, le mostró las escrituras y las fotos de Uruguay, le sugirió el tipo de billetes más adecuado para realizar el pago y permitió que el director imaginara el maletín del tesoro, y encendiera, durante los minutos en que duró aquella charla, un montón de cigarrillos que consumió a toda prisa tras el purito.

-Mire –abundó D. Antón-, nosotros estamos acostumbrados a otro nivel de vida. Yo soy una persona de lo más sencilla y familiar; pero he estado siempre trabajando como un

esclavo, y, ahora, me molesta mucho verme sin un hogar cómodo por circunstancias, como la enfermedad de mi pobre suegra. Ya le digo, esto es cuestión de un mes; luego, el pago lo realizo de inmediato y, por supuesto, para que usted no quede indefenso ante cualquier accidente que a mí me pudiera acontecer, le propongo que redactemos un documento en el que indiquemos todo esto que hemos hablado, donde fijemos una fecha para la adquisición de la vivienda y mi compromiso firme para realizar la compra; incluso, si usted quiere, para tranquilidad de los suyos, sobre todo, que yo sé que usted es hombre de acción, como yo, y sabe lo que tiene delante –el director asentía y sonreía halagado-, pues podemos fijar una indemnización para usted mayor que la legal, en caso de que yo me retire de la venta.

Tras varias dudas y alguna leve desavenencia sobre fechas y compensaciones, el director accedió a fijar por escrito el pacto ante el notario y, por hacer un favor a la familia Zarretxea, también consintió en permitirle que se instalara en la casa tras la firma. Convino el mismo comprador en que la redacción del compromiso y la cita en la notaría fueran gestionadas por el propietario del inmueble para su propia seguridad.

-Bueno, amigo, ahora nos tiene que enseñar usted los pequeños trucos de la casa, que todas los tienen. Ah, y habrá que amueblarla en condiciones. Ya que estamos aquí, por qué no hablamos de eso y se encarga usted de enviarnos a los decoradores de su almacén. Nada ostentoso ¿eh? pero eso sí, de calidad; porque el buen mueble clásico es el que dura toda la vida. Aunque el televisor, sí es cierto que me gusta de última generación y grande. Teníamos un General Electric en Uruguay que era una maravilla.

El responsable de los grandes almacenes calculó unos veinticuatro mil euros, para que la casa quedara a su gusto e, incluso, les descubrió métodos para demorar el abono de los bienes adquiridos hasta que les llegara la remesa de dólares. La entrega, sin embargo, no sufriría demora. Los decoradores acudieron para tomar medidas;

Eduardo acompañó a Doña Angustias. Estuvo atento a las ventajas de usar roble inglés en el dormitorio de los niños, o de la caoba para el despacho; aprendió aquel día que, en el reino vegetal, también luchan nobles y plebeyos, o que la palabra “madera” tiene un significado hueco cuando se saben distinguir una de otra.

Después del encuentro ante el notario donde se detalló una compra fraudulenta para las arcas públicas, celebración de los Zarretxea, Eduardo y el vendedor. Consumieron las mejores ostras y percebes, junto con unos "albariños" magníficos; Don Antón invitó con dólares. El nuevo hogar fue amueblado en una semana.

La máquina de conquistar amigos y bienes de D. Antón no podía detenerse. Eduardo y él acudieron a la consulta del Doctor D. Miguel Munitiz-Corvera, famoso especialista en enfermedades relacionadas con el aparato locomotor y huesos. Tras expresar Don Antón todo el asombro que sentía por encontrarse frente a un genio e indicarle cómo su nombre había llegado hasta las tierras uruguayas, donde él era un rico terrateniente, pasó a exponerle su proyecto:

-Mire, Doctor, nuestra idea se resume en construir un paraíso para la tercera edad; un vergel al que acudan mayores de todo el mundo para sanar de los males que los aquejen. Tenemos pensado un centro residencial con quinientas plazas muy bien atendidas, un laboratorio para la investigación del tratamiento, además de las instalaciones de restaurantes, gimnasios y espacios de ocio que, incluso, pueden ser aprovechados para expandir nuestra oferta hacia los servicios comunitarios.

-Bueno, y qué desean ustedes de mí. -Se retrepó en su sillón el doctor, mientras cogía con las puntas de los dedos de ambas manos un lápiz en horizontal sobre la mesa, a la vez que giraba el torso de derecha a izquierda como muñeco de reclamo publicitario, mostrando, así, su alerta.

-Pues mire, doctor -D. Antón se desplazó hacia delante y apoyó la mano derecha sobre la mesa del médico como gato que fuera a saltar sobre él-, esto exige una inversión de muchos millones de euros, lo tengo todo calculado aquí -le enseñó un libro blanco-. He preguntado en Estados Unidos, en otras partes de España y en Europa; la opinión de todo el mundo es unánime: El mejor especialista en ese campo es Munítiz-Corvera de Málaga. Como le digo, este proyecto exige una enorme cantidad de millones que yo no me arriesgo a invertir si usted no lo dirige.

Munítiz detuvo el vaivén, bajó el lápiz hasta la pierna con una mano y con la otra cubrió apenas su boca y barbilla. Ambos contrincantes permanecían en silencio, mirándose a los ojos, igual que búfalos antes del ataque. D. Antón inició la refriega.

-Mire, doctor, yo no tengo que trabajar más en mi vida y usted, si quiere, supongo que tampoco; ambos continuamos en el tajo porque usted y yo somos de una pasta especial, de los que caen en su puesto porque disfrutan con lo que hacen. Yo tengo depositada una gran ilusión en este proyecto; es de los negocios que a uno le llenan de orgullo. Pero cualquier capitán no pilota este barco, por eso le digo que quiero al mejor para que me ayude, y ese es usted. Respecto al dinero, no se preocupe; durante la fase de construcción, usted dispondrá de honorarios por asesoría para, luego, como director, disfrutar de muchos más incentivos, beneficios y sueldo.

-Hombre, la verdad, es que el proyecto es ilusionador y casi un sueño para un médico de mi especialidad, que tendría allí un campo de investigación muy amplio. Le confieso que muchas veces había imaginado construir algo parecido, pero me falta la experiencia en negocios que veo que usted exhibe. Pero comprenda que debo pensarlo bien para exponerle mis condiciones de un modo razonado.

-¿Por qué no hacemos una cosa? Organizo una fiesta para inaugurar mi casa y nos gustaría que usted y su pareja, si tiene, vinieran a conocer nuestro hogar y allí hablamos de los pormenores. Yo ya lo veo en el avión, mi comandante.

Eduardo notó serio a su jefe durante el recorrido por la ciudad; tras una media hora de silencio, le habló desde el asiento trasero del coche:

-Quiero pedirte un favor.

-¿Sí, don Antón?

-Verás, en la entrevista con el médico me he dado cuenta de una minucia que yo sé que tiene su importancia y, en estas cuestiones de negocios, muchas veces, los detalles consiguen el triunfo. En la tarjeta de visita, sólo aparece el número del teléfono móvil y eso causa un mal efecto, siembra la duda; pero, por otro lado, nosotros no podemos aún figurar en la guía de teléfonos, ni debe nadie descubrir movimientos de dinero a cualquier cuenta. Ya sabes. Lo que te ruego es que, si no tienes ningún inconveniente, el teléfono figure a tu nombre. ¿Me concederías este favor?

Eduardo se vio atrapado; un recibo a su nombre desagradaba a cualquiera, más con aval en su cuenta corriente; pero, según sus convicciones, estaba obligado a devolver a su jefe la inscripción como alumno privilegiado en su academia particular de la vida.

-Claro, si puedo echarle una mano cuente con ello, don Antón. -Se dirigieron hacia la oficina de telefonía cercana para abreviar el plazo de trámites.

El globo de las componendas ascendía igual que la luna al fondo de una pesadilla, enorme pero tenebrosa con cada soplo que D. Antón insuflaba. La siguiente visita se dirigió al Ayuntamiento de Almenilla del Guadalhorce, creciente ciudad dormitorio de Málaga, donde el terreno rústico se recalificaba como urbanizable a ritmo de saqueo soldadesco. Su alcalde, D. Juan Carlos Orozco, cultivaba la imagen de político independiente y emprendedor. Igual que todos los nuevos ricos de su pueblo, no

se debía a nadie, ni a su ideología, ni a su propia conciencia siquiera, ante cualquier posible beneficio. No quiso D. Antón que Eduardo presenciara esa entrevista con el representante de los ciudadanos; lo envió a por unos arriates a un famoso vivero próximo. Don Antón regresó muy contento hacia casa.

Varias noches después, reían frente a su barbacoa el doctor Munitiz, y el alcalde Orozco. Eduardo, vestido con camisa hawaiana tostaba carnes y verdura sobre los carbones blancos, mientras el anfitrión desplegaba su capacidad para narrar anécdotas chistosas y su dominio de las múltiples vanidades humanas. -“A nosotros, es que nos gusta este ambiente familiar” -Insistía.

En una mesa junto a la piscina, charlaban sin mucho interés, D.^a Angustias y dos jovencitas rubias teñidas, sendas acompañantes del doctor y del alcalde. Eduardo sólo oyó partes de las conversaciones porque, a veces, D. Antón elevaba la voz como recurso oratorio.

-Pues es lo que le quiero explicar, aquí al doctor, que la operación es segura pero porque él la avale con su nombre... Tú no te preocupes por la oposición esa de políticos vagos y maleantes, que tu nombre no aparece y soy yo el que invierto, no te preocupes; lo que sucede es que ahora no tengo liquidez para comprar directamente los terrenos... Yo hablaré con el dueño de la finca, eso me lo dejas a mí. Que le comuniquen mañana que no se le recalifica el terreno... Mira, doctor, yo creo que es lo que más te conviene porque eres el emblema de nuestro maravilloso proyecto... Tú nos los das en efectivo y no te pillan, igual que vamos a hacer Juan Carlos y yo... El primer año, tenemos ya un beneficio entre plusvalías e ingresos de un treinta por ciento. El primer año ¿eh? después mucho más... Yo puedo vivir sin trabajar, perfectamente, pero es que nosotros somos de otro modo, no como los jóvenes de hoy en día.

Luego, cantaron himnos falangistas aprendidos en su juventud y se dirigieron hacia la mesa donde ya cenaban las mujeres. Demasiado alcohol. Eduardo se marchó aquella noche con cierta acidez en sus espejismos de porvenir. El final de la fiesta transcurrió en la piscina con las rubias desnudas realizando largos y cabriolas en el agua, a la vez que los señores brindaban por el éxito, por sus lejanos ideales, y por el amor al trabajo. Quedaban inauguradas las lecciones fundamentales para Eduardo.

Con los restos del sarao aún en el rumor de la media mañana, el gerente del almacén de objetos lujosos llamó a la puerta de esa casa que aún le pertenecía. Reclamaba los pagos o la devolución de muebles e inmueble junto con indemnizaciones. D. Antón lo detuvo igual que si alguien hubiera corrido una plancha de cristal blindado ante su carrera.

-¿Qué pensarán tus jefes si yo les hago llegar el documento de venta que firmaste? Alguien seguro que quiere tu cargo. Además ¿le has dado crédito a un tipo que, según tú, es un estafador? Y ¿Hacienda? Yo tengo mi dinero en el extranjero, pero esto es un fraude que te supondrá una investigación. Así, que conviene que te tranquilices esperes mi llamada que se producirá en cuestión de un mes, porque han surgido algunos contratiempos. Mientras tanto, no vuelvas a entrar aquí dando voces que somos una familia decente. ¿Vale? -Le dio la espalda sin aguardar respuesta.- Eduardo, acompaña al señor a la salida, por favor, y que no dé un portazo.

Regresaron a la consulta del doctor Munítiz.

-Perdona que te moleste, pero es que tengo un problema. Me tienes que prestar 18.000 euros porque no me ha llegado dinero desde Uruguay; y necesito ese dinero para completar una parte que me falta en la compra de la parcela. Convencí al dueño pero desconfía, y no puedo pedírselo al alcalde porque no dispone ahora de efectivo en negro; por eso me veo obligado a recurrir a ti, socio. Si quieres, te firmo ahora un

pagaré, pero conviene que sea todo entre nosotros, aunque, te digo una cosa, tardo nada en devolvértelo, ordené ya una complicada transferencia a través de Nassau, pero los movimientos transcurren con alguna demora.

Munítiz ensalzó la amistad y el camino común por donde discurrían, adujo la innecesaria redacción de un recibo entre caballeros, y extrajo de un cajón blindado tres sobres con billetes. Abrazos, y mutua exaltación de la confianza. La siguiente cita, sin Eduardo presente, se dirigió hacia el despacho de Orozco. Por la tarde, sí condujo a ambos negociantes hasta una finca cercana. El dueño -un hombre muy mayor- bajó de una escalera desde donde fumigaba naranjos y charló un rato con ellos; Eduardo permanecía dentro del coche. Después, D. Antón instruyó al alcalde.

-No te preocupes que la firma de cesión de acciones a nombre de tu mujer, la efectuaremos más tarde. Tú pásame los 18.000 euros en billetes que no sean fáciles de seguir y yo me encargo del resto. Tu misión, ya sabes: que el terreno sea declarado de utilidad pública; como es un caso claro, no pueden decirte nada desde la oposición. Que a la sociedad le guste tu trayectoria como alcalde y te contrate como directivo, no constituye ni una falta siquiera.

El destino burla al deseo. Aquella misma noche, cuando Eduardo reconsideraba un malestar creciente que, con su hélice desde el estómago susurraba insatisfacciones, llegó un conocido que se marchaba a Panamá junto a una novia caribeña; pretendía ceder a Eduardo un pequeño restaurante equipado por un precio muy atractivo; a cambio la transacción debía ser realizada en un plazo breve; no se fiaba de la mulata que ya había partido desde aquí para acomodar la nueva vida común de ambos.

-Disculpe, D. Antón, quiero hablar con usted. Necesito que me pague el sueldo que me debe.

-Eduardo, no imaginas lo que sufro que llevemos más de un mes sin abonarte tu nómina, pero sabes que no atravesamos un buen momento financiero; los dólares que deberían de haberme remitido desde Uruguay, no han llegado y, además, tengo que realizar una serie de inversiones. He querido que me acompañaras en todo momento para que conocieras los recovecos de la negociación, para que comprendas en qué punto nos encontramos y porque tengo pensados nuevos proyectos que tú podrías conducir, sin duda, y que todos nos beneficiemos de nuestras tareas.

-Muchas gracias, D. Antón, si yo le estoy agradecido y casi me da vergüenza reclamarle el sueldo con pocos días de retraso.

-¡De ninguna manera, Eduardo! ¡Nunca te dé vergüenza pedir lo que te pertenece! ¡Hazme caso, que tú eres buena persona, pero no imaginas la manada de despiadados que transita las calles!

-Pero verá usted, es que el dinero me hace falta porque un vecino me cede un local por mucho menos de su valor en el mercado. Quiere liquidarlo pronto y sin problemas futuros, por eso ha acudido a mí. Mi ilusión sería regentar en algunos años mi propio negocio; había pensado en entregarle ahora la paga del mes completa, además de solicitar un préstamo al banco, que devolvería con el alquiler que durante un tiempo me va a pagar un primo mío.

-¡Anda! ¡Anda! ¿Cómo vas a pedir un préstamo? ¿Tú crees que las buenas operaciones se desarrollan así? No te preocupes, yo te enseñaré. Mira, aquí en España no se usa, pero en Italia existe la fórmula de aval bancario que es muy interesante. ¿Cuánto te hace falta?

-Veinticuatro mil euros.

-Ya puestos, mejor pide treinta mil. Mira, Eduardo, por casualidad vuelo a Roma en breve para conseguir avales con los que enfrentarme a estos retrasos que arrastro en los

pagos de aquí. ¡No sabes tú lo que a mí me supone una deuda! No duermo. Entonces, tú entregas, ahora, en efectivo el diez por ciento de la operación y me aportas las fotocopias de las escrituras del local, el contrato privado de compra y un certificado de Hacienda de que el inmueble no sufre cargas impositivas y, otro, donde se especifique que no se encuentra sujeto a embargo ni hipotecas. El banco te ingresa el dinero y te fija una cuota que, en este caso, serán alrededor de unos cien euros mensuales, la titularidad de la operación será del banco, tienes que realizar todos los trámites con la entidad crediticia y notario que ellos designen aquí en España y si, algún día, quieres eliminar la deuda, liquidas lo que debes y punto. ¿Que no? pues pagas un pequeño alquiler de por vida, pero nadie puede echarte de allí. ¿Lo ves? Todo ventajas. El problema es que me tendrías que dar tres mil euros para que yo los ingresara en Roma.

Los padres de Eduardo buscaron el dinero, y él, tal como había oído en boca de Munítiz, no se atrevió a pedir la firma de su jefe en un recibo. En el aeropuerto D. Antón le concedió unas cortas vacaciones; eso sí, con el encargo de que limpiase el coche bien por dentro y por fuera. No calculaba cuánto lo demorarían sus negocios de Roma; regresaría cuanto antes. Doña Angustias aprovechaba la ausencia de su esposo para recoger a su madre en Madrid, se dirigía hacia allí en tren junto con los niños. Doña Angustias le rogó que vigilara la casa de vez en cuando. “Me voy muy tranquila porque te encargues tú.” Las horas transcurrieron inquietas y ociosas; en cualquier lugar, Eduardo calculaba planes al tiempo que ahuyentaba de los trazos algunos tintes oscuros que se escurrían como gotas entre grietas. Si su jefe moría en accidente aéreo, no podría reclamar nada a sus herederos. En caso de que no le concedieran los avales, tal vez su amigo no esperaría, impelido por la desconfianza hacia la morena. La óptica se enturbiaba con un vaho de inquietudes. Procuraría que esos enfoques negativos no torciesen el equilibrio necesario ante a esta situación.

Su padre entró en el dormitorio con el gesto preocupado: “Dos policías preguntan por ti”. Aguardaban serios de pie en el salón igual que ejecutivos de multinacional.

-Díganme. –Titubeó, hechas las presentaciones reglamentarias, y un poco menos tensos ya sentados en el sofá: “Tenientes Morales y Valcárcel”.

-Mire, Eduardo, venimos a hablar con usted porque sabemos que no tiene nada que ver en todo esto –el agente lo escudriñaba con ojos de entomólogo ante su pieza-. Usted trabaja para Antón Zarretxea y espero que no le deba a usted ningún dinero porque, si es así, délo por perdido.

Eduardo percibió un leve movimiento involuntario en sus piernas, el estómago se contrajo y un sudor abundante le recorrió manos y frente. El coche circulaba con matrícula falsa, oculto a un embargo judicial. Ambos funcionarios rastreaban las andanzas de los Zarretxea desde hacía tiempo, pero no lograban su captura por una ausencia casi total de denuncias; las interpuestas se referían a engaños por cantidades exiguas. Siempre actuaban del mismo modo, pero esta vez habían huido más rápido de lo habitual, por lo que sospechaban el logro de un botín significativo o alguna amenaza. Aconsejaron a Eduardo que les narrase todo lo que supiera; él les explicó el asunto de los avales italianos y su sueldo; para la ley, aquella suma no representaba gran quebranto; no obstante, era conveniente que acudiera a declarar lo antes posible.

Eduardo pagó, involuntario, un curso intensivo sobre la naturaleza humana; el timador, como el virus, busca la rendija que le abra paso hacia la personalidad de la víctima; después analiza e introduce el veneno paralizante, las variaciones son escasas: poder, fama y sexo tejen los inevitables lazos que capturan la voluntad. Incluso, el asceta que emigra al desierto o a las montañas busca, en el fondo, la diferencia sobre los demás; un modo de fama privada, de egolatría que se circunscribe a un universo íntimo,

un cantante ante la sola expectación de su espejo. El engañador profesional condensa en sí un psicólogo y antropólogo a un tiempo, especialista en las múltiples miserias que configuran cualquier personalidad.

Eduardo tardó en reponerse de los golpes morales y monetarios. Cuarenta y ocho horas después, tuvo ánimo para dirigirse a la comisaría y detallar los hechos. Cuando regresó a casa, algo más tranquilo, como un disparo, una abultada factura de la compañía telefónica en el buzón, junto con un oficio donde le informaban de las acciones legales emprendidas contra él por deudor. Siempre la lleva en el bolsillo, y cuenta la historia a quien se sienta a su lado.

Luis Carlos

En aquel bar de Conil con decoración étnica, ella nos pedía el mechero una y otra vez. Ante la puerta de los servicios, Luis Carlos creyó que pretendía venderle marihuana o así, cuando se alzó la falda. “Déjame que te llame Peter. Eres igual que él. Hazme el amor”. Al menos, el retrete no olía demasiado mal. “Adiós Peter. Nunca he dejado de quererte. Adiós.” Luis Carlos nos contó la experiencia días después, camino ya hacia Málaga.

Lola Ferrada

Llegó inquieta a la Casa de Hermandad y según las instrucciones que había leído en aquellos foros de Internet, sólo cuando se colocase el capirote, debía urdir el doble nudo en el cingulo y desplazarlo un poco más hacia la izquierda de lo que se estilaba en su cofradía. Aquel año, la moda del calzado les fue propicia a quienes como ella supieron insertarse en la hermandad sumergida en aquella Hermandad de tan larga tradición caritativa; algunos días antes de la Semana Santa compró unas sandalias con suela casi plana, en cuero de muy poco grosor, sujeta al pie por leves tiras a las que permitió en un acto de coquetería, sí, pero más bien pudorosa, que estuviesen coloreadas en granate oscuro. Ese primer año no se aventuró a acudir descalza tal como algunos testimonios aconsejaban en ese ciber mundo, trinchera de cofrades, donde había descubierto un posible lenitivo para sus turbaciones. Por supuesto no usaría guantes que obstaculizaran un mayor gozo en el estremecimiento.

Saludó a varias antiguas amigas del instituto y a otros colegas de su oficina bancaria con quienes al menos compartía aquella jornada para ella tan significativa desde su niñez y para la que hoy tanto deseaba que adquiriese un sentido renovado. Sus bisabuelos acordaron, según leyenda familiar, el matrimonio de sus abuelos tras una procesión accidentada en 1894, año en que Málaga conoció por primera y última vez el terror infundido por una tormenta seca, plena de rayos y truenos pero sin lluvia; así lo testifican varios registros meteorológicos. Aquellos hombres tan representativos en la cofradía, aún jadeantes por el esfuerzo que supuso la carrera hacia la protección de los andamios entoldados, refugio para los tronos, tras el rezo, la faraona y túnica aún vestidas, convinieron en que, como ofrenda a sus santos titulares por el milagro de que una inexplicable ausencia de precipitaciones no hubiera destrozado los enseres, unirían a sus hijos en sagrado vínculo por sus imágenes bendecido. Su descendencia sería

siempre devota de aquella venerable congregación cristiana. Sus abuelos aceptaron con alegría el anuncio marital de sus padres, ambos también miembros de aquella agrupación, pero sus padres adaptados a los nuevos tiempos nunca exigieron de ella más que su felicidad en todos los órdenes que configuran la existencia. Quizás, ahora había descubierto por casualidad el eslabón, el cordón umbilical que la anclaría a aquel desfile de por vida y con una voluntariedad a la que, hasta ahora, cimentaba con el único soporte de la costumbre.

Como indicaban las advertencias más fiables, oculta por la piadosa tela del capirote antes de que le asignaran lugar en la fila, y ya fuera del templo, tras los acordes del himno de España, y varios pasos andados al son de clarines y tambores, se atrevió. Con disimulo, aunque con la rémora del enorme cirio portado, realizó el doble lazo con la mano libre y desvió un poco el cingulo hacia el lateral izquierdo. Hasta la quinta parada su corazón no se calmó, incluso alguna lágrima surcó su mejilla. Si todo se confirmaba, aquel año se revelaría muy distinto. Más adelante la duda mermó algo su fe en próximos acontecimientos. Nada sucedía pero confió. Ya con el atardecer aumentó su desazón. Quizás se trataba de una broma, pero absurda; el anonimato de quienes intervenían en los mensajes internautas estaba garantizado y sus autores sabían bien a qué se referían. Ocurrió. En una de las paradas se volvió hacia la Virgen en actitud de súplica a pesar de que no supiera muy bien por qué. Cuando inició una breve letanía, su compañera de la fila, a la que no había visto el rostro, volcó un chorro de cera ardiente sobre sus pies calzados apenas. Una mezcla de sorpresa, dolor y cosquilleo en el estómago la conmovió. El igual nudo de su camarada delataba sus deseos íntimos. Se giró azorada hacia su posición y permitió que unas gotas de cera descendieran hasta su mano. Ahora sí. Disfrutaría aquella procesión como nunca antes desde aquellos paseos

infantiles cuando cortejaba a la Virgen durante unos minutos breves a golpe de campanilla desacompañada.

Debía mostrar misericordia con sus hermanos; como si pretendiera comunicar algo a su, ahora, cómplice de pasión, sin decirle nada, los capirotos uno junto al otro, obsequió sobre los pies desnudos de ella un río hirviente que las sellaba como corderos de un mismo rebaño. Su receptora ahogó un ligero gemido. Inmersas en ese mutuo suplicio transcurrieron varias calles. Las llagas punzaban metro a metro como el agudo de los clarines al incienso sobre el aire, y alargaban dichasas aquel recorrido. Una niña vestida de blanco las eligió para que ambas engrosaran su bola de cera con aquellos agujones preciados. La chica, de unos catorce años, invirtió la mano de forma ostensible para que las perlas lacerasen sus dedos, acarició amable el nudo y mirando a aquellos ojos cercados por la tela dijo: “¡Qué buena eres conmigo!”; se marchó con la faz adolescente iluminada por una sonrisa. Continuó durante la noche el rito. Ya sosegada por la presencia de sus iguales, observó varias túnicas constreñidas por nudos y cíngulos desplazados. Agradeció al cielo su suerte y anduvo dolorida y excitada aquel camino de espinas dulces hasta el encierro. De nuevo los acordes del himno de España marcaron la señal. Los cíngulos se desataron y el orden se disgregó como briznas de hierba recién cortada al viento. Aunque cabizbaja, quedaron en su retina visiones de úlceras sobre la piel que diligentes se encaminaban hacia la intimidad en el seno de aquella muchedumbre de familiares que alborozada sin distinción a todos recibía con besos y abrazos, ajena a esos pequeños dones que a cada quien hubiesen infligido.

Amós Berenguer

No escatimaba en lujos para su despacho, ni para su secretaria, a quien uniformó con boina roja, falda tubo y medias de red sobre tacón cubano. Su esposa, doña Amanda Ferrer, disfrutaba tanto de los gustos de su marido que ella misma iba de compras con Nicolette, que así apodaron a Paqui, su secretaria. El subdirector general, D. Saturnino Incháustegui, ante una asamblea de accionistas, acusó a D. Amós en presencia de su señora, de ser un despilfarrador y un libertino que ponía en peligro la necesaria y saludable credibilidad de nuestra entidad financiera. Durante el discurso, enfebrecido con un minucioso balance del dispendio suntuario durante el último ejercicio, el matrimonio urgió una orden a Nicolette que salió diligente de aquella sala con las miradas del accionariado masculino y parte del femenino fijas en el movimiento pendular de su precioso culo. Sonrisas y bisbiseos jocosos.

Aquella diatriba de Incháustegui duraba ya más de media hora. Amós sonreía. Nicolette regresó para sentarse entre sus jefes. Cuando el subdirector general concluyó sus bravatas, y mientras ordenaba sus documentos, sobre la pantalla gigante comenzó la proyección de una película muda en la que nuestro vigilante moral, señor Incháustegui, corría desnudo por una habitación rematado por dos orejas rosas de conejito; el cazador, un mastín guiado por alguien de rostro oculto tras cuero negro, después de unos segundos de incertidumbre, montó con ímpetu por detrás a su presa según indicaciones del amo. Los rumores crecieron en aquel salón hasta transformarse en ruido; pero D. Saturnino miraba sólo a las cuartillas que cuadraba con parsimonia en su carpeta, tan pagado de sí que suponía aquel escándalo promovido por sus revelaciones. Cuando alzó con extrañeza los ojos hacia las imágenes que detrás de él gozaban aquel inusual rito, un infarto lo puso de rodillas. Mayor confusión. El servicio médico corría por el pasillo con

el doliente cuando Don Amós subió a la tribuna: “Señores, mi esposa y yo hemos dado la orden de vender, de inmediato, todas nuestras acciones de este banco y de las empresas que se relacionan con él. Considérenme despedido sin indemnización, por supuesto. Muchas gracias”.

Durante unos segundos, silencio. Don Amós encendía un puro, tranquilo hacia la salida trasera del escenario. El caos, los gritos y carreras. Entre Amós Berenguer y su señora, sobre todo, ella, poseían más del ocho por ciento de los títulos de la entidad y más del veinte, de muchas corporaciones vinculadas a ella. Nadie quiso correr el riesgo de que una bajada general mermase su patrimonio o, incluso, lo arruinara. Las órdenes de venta colapsaron las centralitas de los principales agentes de bolsa, con lo que el banco bajó en minutos más del dieciocho por ciento de su cotización. Los jefes con caras compungidas incluso olvidaron la salud de Incháustegui. Los accionistas significativos habían salvado el capital con ciertas pérdidas que, vistas las circunstancias, fueron enfocadas como un mal menor. Culparon a la cúpula directiva, que comenzó a recibir insultos de personas a las que se debían someter. Peor suerte parecía aguardar al pequeño accionista que, aislado en su comercio u oficina no pudo actuar; ni siquiera nosotros supimos la catástrofe que sobrevenía.

En dos horas, las acciones remontaron su valor a un ritmo galopante. Estaban siendo compradas y nadie, en su juicio, permitiría que huyeran las porciones de un banco solvente que fluctuaban a precios de saldo; nueva escalada que elevó el precio de la empresa por encima del inicial. Los grandes accionistas adquirieron caro lo vendido barato. Poco antes del cierre de sesión, de nuevo ventas; algo pasaba pero no se sabía qué. Nadie abandona los futuros beneficios de una empresa prestigiosa como aquella, por lo que los gestores relevantes optaron por la compra. Al final de la jornada, el banco

se encontró en el índice de apertura, pero sus vaivenes dibujaron un perfil con dientes agudos sobre el que se habían desgarrado muchos bolsillos.

Era falso el anuncio de Amós Berenguer; nunca vendió. Sin embargo, el pánico que sus amigos traidores profesaban al dinero actuó como detonante de aquel huracán bursátil. D. Amós, paciente, se limitó a comprar baratas y ofrecer caras las acciones a quienes urdieron para él esas redes donde al final encontraron su precipicio. Escapó incólume de los pleitos que le plantearon; sus estrategias produjeron una cadena de despidos entre los altos cargos de la empresa, junto con la jubilación anticipada de Incháustegui. La última noticia que conocimos de él, su esposa y Nicolette, fue por una foto que, desde La Martinica, remitieron los tres a Eulogio, limpiabotas con quien Amós discutía de pesca y finanzas, su consejero honorario e independiente, como justificaba una tarjeta de plata que exhibía ante cualquier joven ejecutivo inexperto, después de escupirle en los zapatos.

Alejandro Cordero

La desgracia apuesta con dados tramposos. El chico murió en brazos de su novia por aquel mal corte. El jefe de la banda se ocultó diez días; según su hermana pequeña, no cesaba de llorar; la madre lo achacó a un mal de amores. Apenas nos conocíamos; cuando la policía lo detuvo, me miró antes de entrar en el coche camuflado. Nunca revelé en el barrio todo el miedo que enturbiaba sus ojos. Tras su salida de la cárcel, nadie volvió a enfrentarse con él.

Amable Saavedra

Su voz de niña silabeaba un serio inconveniente por haber ingresado en un instituto de enseñanzas medias masculino. Alguien lo llamó “Barbi” el primer día en aquel grupo donde cada alumno delimitaba su terreno frente a los demás como supervivientes al fin de la civilización. Un profesor faltó cierta tarde, pocas semanas después de que se inaugurase el curso 1977-78. Nadie vigilaba nuestros momentos de ocio; algunos se dirigieron al bar, otros al gimnasio para jugar un partido, de fútbol por supuesto, y otros permanecimos en el aula. Llovía. Barbi estudiaba. Vestía un abrigo con capucha del que nunca se separaba porque ya lo rajaron con una navaja; el culpable nunca confesó; entre todos pagamos una prenda nueva y luego le dimos una breve paliza a la salida del Centro; unos golpes. Barbi se sentaba solo en el pupitre próximo a la mesa del profesor; nunca atendía a nuestras voces ni a nuestros insultos. Demostraba una gran capacidad para aislarse del entorno.

Un ratón asomó su hocico entre las rendijas de la pared y el Monta (Montañés Briones, Alfonso) con gran pericia quebró de un tizazo su rostro diminuto; sangraba mucho aquel animalillo. Lo recogimos con un papel y el Monta lo depositó ya muerto con suavidad en la capucha de Barbi. Le dijimos que tenía algo en su abrigo, que habíamos visto cómo saltaba un objeto hacia él; introdujo su mano, flexionado el brazo hacia atrás, y chilló con un tono agudo de señorita sorprendida. Reíamos con exageración grotesca y cómplice. Corría hacia el despacho del director a la vez que contoneaba sus caderas, con el abrigo mortaja del ratón en una bolsa. Cuando el director llegó aún continuaban las risotadas. “¿Quién ha sido el salvaje que ha hecho esto?” Gritó con gestos de amenaza, a la vez que encaraba hacia todos la capucha con el roedor allí arropado. Silencio. “¿Quién ha sido?” Ladró, como quien no dispone de más

recursos. “Lo voy a averiguar. Sois muy pocos y os aseguro una expulsión colectiva”. Silencio. El Barbi, junto al director con los brazos cruzados y un rictus en la boca que desplazaba sus labios rígidos hacia la comisura derecha, parecía una señora enfadada con su pescadero. Sentí ganas de reírme; no podía hacerlo y unas leves convulsiones desembocaron, después de muchos esfuerzos, en una carcajada contenida que, como chorro involuntario, brotaba oculto tras un compañero; cuando alcé los ojos, sólo vi la bofetada del director, D. Primitivo. “¿Te vas a reír de mí? ¡Te vas a reír de tu puta madre!”. No cesaban sus palmetazos. Yo, sin control sobre mi risa, me protegía la cara camino del pasillo externo. Pensé en mis padres y la segura expulsión del Centro.

-D. Primitivo, fui yo quien echó el ratón a Saavedra. –Sonó la voz firme del Monta.

Aún llegaron algunos bofetones por inercia, antes de que D. Primitivo se volviera hacia él. Jadeaba.

-¿Así, que fue usted?

-Sí señor.

-¡Levántese para contestarme!

-Señor, me va a expulsar usted, por lo que no me voy a levantar y si se le ocurre pegarme, piense que no tengo nada que perder. -El tono monocorde de Monta revelaba la seguridad de sus intenciones.

-Muy bien, señor Montañés, usted lo ha querido, queda expulsado de este instituto; recoja sus cosas ahora mismo o llamo a la policía.

D. Primitivo refunfuñó algo entre dientes y se marchó deprisa. La reacción fue inmediata, el Monta se lanzó hacia el Barbi, dobló su brazo y lo volcó contra una banca; le retorció el codo mientras escenificaba una violación anal. “¿Ahora qué maricón Barbi? ¿A quién le vas a chivatar ahora?” Amable Saavedra gritó del dolor. Montañés lo volvió de frente y lo golpeó en la boca varias veces con el puño bien

cerrado. Nadie se movió de su silla. Las manos de Saavedra se alzaron en total silencio igual que si una muñeca de trapo con los ojos muy abiertos mostrara su rendición sobre el tablero de la mesa. Saavedra se deslizó hasta el suelo inconsciente por un último cabezazo en el pómulo. Nadie se quiso acercar. El Monta recogió sus pertenencias. Todos lo mirábamos; no había reproches, tampoco lamentos por su marcha. “Bueno, hasta la vista, chicos, me voy a trabajar a la obra con mi padre. ¡Ah! Si este maricón chivata algo, me lo decís que vengo y lo mato”. A los pocos minutos, Barbi se levantó, fue a los servicios y se incorporó a la siguiente clase sin decir nada de lo sucedido; cuando un profesor le preguntaba, urdía cualquier excusa: “Un encontronazo durante el partido de baloncesto.” Creo que a partir de aquel incidente, comenzamos a llamarlo Saavedra.

Samuel Miralles

El sudor lo despertó. Su noche había navegado por una constante marejada de imágenes inconexas; nada sucedía, nada narraban pero un par de veces había abierto los ojos empujado por una sensación de miedo que no podía atribuir a lo soñado. El cric-cric de un grillo lo devolvió a la conciencia. Intentó, igual que quien revuelve urgente el cajón de la ropa, otro regresó hacia la busca de un descanso, negado aquella noche a pesar de que durante las jornadas anteriores una actividad con mayor carga de trabajo que la habitual no le había concedido ni una mínima siesta reparadora sobre el sofá de su despacho.

Quedaban un par de horas antes de que el despertador lo lanzase como una pedrada hacia los vaivenes de sus negocios. Desayunó mientras veía dibujos animados en el televisor. Decidió que no usaría el coche. Saboreó el vacío de las calles bajo el frescor de la mañana; desvió sus pasos desde la ruta habitual hasta aquella ventana que a pesar de la hora tan vespertina él sabía iluminada.

Bermúdez

Empleado modélico de la oficina 513 en Antequera, aceptó ser transferido a la principal de Málaga. Aquel mismo día, llegó Silvia al departamento de bienes inmuebles, una jefe de comercio trasladada desde Albacete cuya obligación consistía en mostrar a buscadores de posibles baratijas, los pisos y locales de la ciudad reposeídos por el banco. Pocas oportunidades llegan al mercado; ante alguna muy buena, los directores y jefecillos levantan con rapidez la hipoteca y la adquieren para sus negocios privados, algo de lo que se jactan durante los desayunos laborales cuando, ante los subordinados que no accedemos a esas inversiones, enumeran una larga letanía de tantos por ciento, beneficios, amortizaciones, ahorro y demás glosario contable que tanto me molesta oír en mi tiempo libre. Yo ingresé en la plantilla por recomendación de mi padre.

Bermúdez se distinguía entre todos nosotros por sus camisas bien planchadas; siempre a la última moda que exhibieran los grandes almacenes de ofertas. El matrimonio oía misa los domingos con sus dos hijas y paseaba por un parque hasta la hora del almuerzo; tal vez, alguna distracción extraordinaria, como un vino dulce, sentado en una terraza y poco más. Bermúdez encarnaba el eslabón sólido que une la familia al trabajo; expandía un aire hogareño por los despachos. No hablaba con nadie y siempre se movía igual que si realizara muchas tareas al mismo tiempo; releía los informes y circulares varias veces para que creyéramos que afrontaba un exceso de obligaciones. Con ese material inflamable avivó su infierno. La desgraciada suerte de que se cumplan nuestros deseos; algún jefecillo comprendió lo mal que se encontraba Bermúdez en su nuevo puesto; se veía asfixiado y torpe para descifrar los formularios informatizados por lo que lo trasladaron junto a Silvia; allí desarrollaría labores más

variadas e, incluso, tendría que mostrar fincas o inscribir alguna nota en los Registros de la Propiedad.

-Queremos que se encuentre aquí como en casa, Bermúdez. Después del traslado, sólo nos faltaría que enfermase usted. –Confraternizó el jefe de sección, mientras le daba palmaditas en la espalda. Mire, aquella es Silvia, la encargada de operaciones inmobiliarias, su responsable. Gana en el cambio ¿Eh? ¿Eh? –El jefe golpeó con más fuerza y soltó una carcajada.

Bermúdez se quedó mirando cómo su nueva superior hacía fotocopias. Traje oscuro con falda, tacón mediano y pelo rizado, con tinte rubio. Se acercó sin que ella lo notara.

-¿Doña Silvia? –Lanzó como si fueran dos dados.

-Sí. Usted es Bermúdez, ¿no? Encantada. Va a ser usted mi ayudante. –Estrechó su mano llena de anillos y pulseras; sus uñas brillaban rojo-sangre a juego con el lápiz de labios. Aquel saludo se hizo eterno a Bermúdez.

Las nuevas tareas llegaron a buen término con normalidad y eficacia durante algunos meses. Bermúdez gestionaba con rapidez los documentos encomendados por su nueva jefe, siempre seria y distante, pero agradecida con la diligencia de su subordinado. Quizás aprendió esa actitud en un curso para mandos: “Controle su mascota”, o un nombre similar. El número de morosos aumentó en aquel período; la economía iba mal y los bancos no atesoran piedad, ni comprensión que no estén basadas en avales tangibles. Silvia cada vez salía más a la calle y, por su pobre conocimiento de la ciudad, rogó a Bermúdez que la acompañara; algunos días, se demoraban más de una hora en los atascos. Él aspiraba el perfume de su compañera con discreción mientras charlaban sobre balances y resultados trimestrales. Silvia miraba por la ventanilla y se acariciaba con suavidad el muslo; el tintineo de las pulseras combinaba maléfico con el

rojo de las uñas. Bermúdez no oía sus comentarios. En alguna ocasión, pensó que lo había descubierto absorto con la mirada fija en su rodilla, entonces articulaba un discurso desatentado sobre la palanca de cambios, o acerca de lo mal que funcionan los coches de la empresa, como si estuviera inspeccionándolo. Silvia volvía a contemplar el paisaje.

Un día, camino de su casa, Bermúdez compró a su esposa un juego de pulseras, siete, con un magnífico baño de oro del que la dependiente aseguró que no se oxidaría.

-Muchas gracias, cariño. Son preciosas.

-Póntelas, anda.

Bermúdez confirió un cierto deje imperativo a su voz, lejos de la habitual sugerencia. Las manos de Clarita no eran las de Silvia. Aquella noche, Bermúdez se atrevió.

-Ponte las pulseras.

Clarita se rió por la ocurrencia de su marido. Bermúdez cerró los ojos y tuvo un pronto y fuerte orgasmo. Luego, durmió abrazado a su pareja como si fuera un arcón protegido por una banda de ladrones. Clarita se sentía contenta por el detalle y la noche junto a su marido. Por la mañana fue a la peluquería y a la manicura. Uñas “bermellón-París”; sonaba bien. Bermúdez había tenido una mala jornada en el banco; solicitó un extracto de cuenta con un apellido erróneo y eso retrasó una hora la venta de un inmueble. Silvia le llamó la atención, contundente pero con amabilidad. No sucedería más. Cuando Clarita le sirvió la sopa, el nuevo color de pelo y peinado, junto con aquella muñeca ensortijada y uñas de porcelana provocaron su efecto. Nunca Bermúdez había mirado lúbrico a Clarita. Ambos fueron al colegio para recoger a las niñas, que notaron un inusual tono de alegría en sus padres; aquella tarde, se permitieron llevarlas a una pastelería infantil y comprarles un surtido especial de la casa.

Los compañeros bromeábamos sobre la cara de felicidad que se le había dibujado a Bermúdez bajo el mandato de su nueva jefe. Comentarios jocosos sobre la ausencia de ambos y el contento que reflejaban sus rostros. Silvia, además, jubiló una serie de trajes de aire marcial con gama de colores oscura y dio paso a los tonos rojizos, celestes y claros; los tacones se fueron alargando y el pelo adquirió reflejos rubios y rojos. Aquel despacho huía del necesario camuflaje gris que otorga el prestigio de la tristeza a las instituciones serias. La monotonía erige el presidio. Cinco días a la semana, ocho horas menos treinta minutos para desayunar, doscientas quince jornadas laborales, cuarenta años. Iguales caras, salvo entierros y aniversarios de fundación; los mismos olores de idénticos desinfectantes de la limpieza vespertina; los soniquetes de fotocopiadoras, grapadoras, abrir y cerrar de cajones, expedientes y puertas; el ritual cadencioso de levantarse para ir al servicio, a beber agua, a mirar algo, o a fumar un cigarrillo. En mitad de la condena, cualquier pequeña variación destaca igual que una mancha cuando la primera cita con la novia. Desde luego, los compañeros no desperdiciaríamos los cambios pausados, pero evidentes, que lucían el aspecto exterior e interior de Bermúdez y Silvia, por lo que se convirtieron en el venero inagotable de charla y chistes durante nuestros desayunos; incluso, fueron utilizados como método de aproximación a los jefecillos, por la hermandad que genera el descifrar iguales secretos, o seguir a un determinado equipo de fútbol. Los superiores, a su vez, comentaban ante Bermúdez el estridente color de sus nuevas corbatas, o lo agradable que amanecía la mañana para dar una vueltecita con la jefe, refiriéndose a Silvia; lo que provocaba entre sus subordinados una cadena de guiños e hilaridad discreta que los aludidos nunca comprendían. La ingenuidad de la víctima.

Clarita iba siendo conducida, poco a poco, por Bermúdez hacia una estética lejana a la medida con que se debe regir la esposa de un empleado de banca solvente.

Collares, pendientes grandes, pulseras y anillos de manos y pies, se hicieron hueco en su tocador y durante los momentos íntimos con su marido. Las niñas respiraban felicidad durante la cena, y en las salidas con sus padres. Bermúdez, incluso, acarició en un sex-shop las cajas con vestidos de lencería fina, verde, negra, champaña, blanca, con tanga, con medias, con pelucas; saboreó la aridez en la garganta que provoca la presencia de lo prohibido. El matrimonio Bermúdez comenzó a levantarse los domingos más tarde del horario diocesano; sus indumentarias festivas mudaron desde los vestiditos atildados, a los vaqueros y ropa deportiva; el ahorro escrupuloso fue sustituido por un leve dispendio en excursiones, cines y comidas rápidas. Los padres contemplaban con una sonrisa las marcas de ketchup sobre las camisetas infantiles. El traslado a la capital supuso una bendición para la familia.

Primera navidad fuera del pueblo. La navidad hilvana un cúmulo de fechas traicionero. Compras de última hora y propósitos de enmienda se mezclan en cóctel inestable con nostalgias, arrepentimientos y diarreas; a pesar de estos fastidios, el ser humano necesita estos festejos como parcelas para los límites difusos del universo. Incluso dentro del río de ilusiones que representa el tiempo, señalamos un punto, volandero como todas las muescas cronológicas, para proponer a la suerte que se fije en nosotros; el fin de año como aduana inmaterial de la buena fortuna.

Comida de empresa con discurso del jefe, sorteo de una cesta colmada de espumillón y reparto de lotería entre todos los compañeros. Navidades del oficinista. Bermúdez y Silvia se sentaron en mesas diferentes; durante los brindis se miraban y ofrecían las copas en alto con gran regocijo en sordina del resto de los comensales que aprovechábamos para transmitirnos gestos pueriles. Era el primer almuerzo que organizaba el nuevo conglomerado bancario, por lo que contrató los servicios de un hotel con grandes salones donde cupiéramos todos los empleados y, sin desplazarnos,

dispusiéramos de la discoteca del establecimiento con alcohol gratis y melodías comerciales de feria. Ni una palabra de recuerdo para quienes la entidad había despedido. Bajé a beber. Un grupo de compañeras bailaba entre sí ritmos caribeños. Me fijé en algunas a las que no conocía; con las muchas copas ingeridas, todas parecían bellezas a quienes abordar como un carroñero; además, me espoleaba un cierto desenfreno entre ellas; contaban chistes sobre la eyaculación precoz y los atributos masculinos. Silvia se había atrevido con unos zapatos de fantasía con mucho tacón y un espectacular dorado de uñas que brillaba como los rombos de sus medias de red; se acercó hasta la barra junto a mí para pedir un ron-limón al camarero.

-Hola –me atreví-. Estás guapísima y voy a tener que decirte una barbaridad. –Di una carcajada estentórea para subrayar el sentido jocoso de la frase. Sonrió sin ganas.

-Pues nada –respondió al vacío-, aquí, para refrescarme con una copa.

Retumbaba un soniquete machacón americano. Me concentré en su olor; usaba almizcle. Excitante. Se miraba en el espejo al fondo de la barra; movió la melena y su roce sobre mi hombro traspasó la chaqueta. Una mujer preciosa.

-Hasta luego. –Marchó pendulando su culo como una vampiresa de película canalla. Movía las caderas según las vibraciones que expelían los altavoces de tonos graves.

A los pocos minutos, con una amplia sonrisa, hablaban Bermúdez y Silvia, licor en mano y euforia. Ella reía con cada palabra y con cada gesto. Se animaron a unos pasos de son cubano; Silvia alzaba un poco su mini-falda para entrelazarse mejor; preciosas piernas entre las que se colaban intermitentes las de Bermúdez. Ramón Solchaga se acercó a mí con el rostro enrojecido rematado por un gorrito cucurucho de cartón decorado; sobre el hombro, confeti que, bajo la luz negra, semejaban gigantescos copos de caspa y vociferaban la fama de sucio que, entre sus cercanos, había cultivado. No imaginé que existieran tantos chistes sobre una pareja clandestina. Sonreía por

compromiso. Disfrutamos un buen rato burlándonos de Bermúdez y de Silvia. Creo que varios grupillos de compañeros ejercían la misma actividad. Las compañeras bailaban.

Marché. Me despedí, lacónico y lisérgico, de los jefes de área. Antes de salir, me dirigí al servicio para vomitar; otros se enjuagaban la boca y se refrescaban la cara con agua; me metí dos dedos hasta el fondo de la garganta. Anduve hacia mi casa dando tumbos de barco desmantelado. Nadie me esperaba; elevaría el listón de mi percepción etílica todo lo que permitiera mi cuerpo. En un semáforo vi que, dentro de un taxi, iban muy animados Bermúdez y Silvia; pensé en correr y golpearles el cristal para felicitarles las pascuas, pero opté por un bar aún abierto junto al paso de peatones donde finalizaría mi particular fiesta. Los días navideños son impostores y fulleros. Despliegan un haz de caminos felices ante nosotros que se diluyen como puentes de plata cuando accedemos a cruzarlos. Sales y conoces a gente que expande su alegría por esas barras de copas llenas de nieve artificial y restos de anisados pegajosos. Una chica, de las que también celebren su comida anual, nos embelesará con el cascabeleo blanco de su gorrito. Sentiremos por un momento, el espíritu dulzón de estas fechas hasta que la muñequita risueña vomite sobre nuestro pantalón una mezcla de tinto, cava, pacharán y varios güisquis, tras balbucear que accedía a que durmiéramos en su casa. Noches de urgencias, disculpas e intercambios de números telefónicos. Silvia no tenía teléfono; aunque el conductor detuvo el coche a tiempo, el pantalón de Bermúdez quedó manchado; sin embargo, fue la redecilla de las medias la que capturó mayores trozos de pescado y algo de verdura poco masticada. Pero habían salido juntos y animados sin que se supiera hacia dónde y esa fue la estampa que permaneció entre los corrillos de la empresa.

La rutina enreda igual que la ropa electrizada al polvo; su ausencia nos cuelga como pelusa que titila sobre el abrigo. En algún movimiento, su mecánica repetitiva nos

encarcela e impide que disfrutemos el desorden de las jornadas libres, con sus horarios amables sobre los fluidos del cuerpo y la alegría. Regreso al banco tras unas breves vacaciones durante las que pensé en que, quizás, me conviniera una relación como la que mantenían Bermúdez y Silvia; ambos en el mismo lugar de trabajo, con gustos y preocupaciones similares. Tal vez, fuera acertado. No sé; no tenía un criterio sobre ello, pero confieso que sentía envidia cuando los veía en el despacho, cada uno atento a su documentación pero juntos al menos. Silvia había cambiado su estilo de maquillaje leve, por uno ostentoso que le dibujaba un aspecto más agresivo y alegre. Llegó sosa a la oficina y, ahora, derrochaba sabor. Bermúdez abundó en la modernidad del corte de sus trajes y el color de las corbatas. Ocasiones hubo, en que despertó comentarios malhumorados de los jefes sobre su apariencia de heredero del banco, o representante artístico. Felices. Al menos, eso pensaba yo; aunque no supe cómo encajar un encuentro en aquel rompecabezas inestable.

Los casados tristes escapan, mediante mil excusas, del corral: visitas a amigos enfermos, burocracia, partidos de fútbol para ver con los compañeros, tenis, golf, ejercicios aeróbicos, próstata, podólogo, seborrea; en fin, dilatadas caminatas o interminables tardes en la cafetería, solos, mirando con desgana a las chicas que cruzan el escaparate; una especie de antesala que diluye el abstracto futuro imperfecto. Yo, divorciado, también huía de casa. Una de aquellas tardes, pasé frente a un club de baile de salón y lecciones de ritmos caribeños. Las mujeres bailan; considero que los hombres en general, no, a menos que deseen conocer a una chica, entonces contorsionan cualquier paso de moda. Juzgo natural que las mujeres acudan a ese tipo de academias, pero los varones, en mi iconografía íntima, allí delatan su condición de buitre de cualquier criatura que se contonee.

Este era el método del triste Benjamín que no atesoraba gracia ninguna, ni conversación, ni mundo visto. Sólo sabía bailar. Con una mujer entre sus brazos, lucía todos los ritmos de etiqueta y sarao. La elegida se volteaba como la estrella del lugar durante unos instantes y él, promotor de aquellas hazañas melódicas, era recompensado más tarde, mientras en el corazón femenino aleteara aún el compás de la noche. De aquella escuela de danzas, salió Bermúdez vestido por un largo abrigo negro y una bufanda blanca con un aire de profesional del tango, a las nueve de la noche de un mes de enero. De su brazo, una rubia, Silvia, sin duda; su peinado, sus tacones y el color de sus ropas, pero algo no me aseguraba su identidad. No pude resistirlo, imaginé que se encaminarían hacia el cruce de la esquina siguiente; por fortuna, aquella manzana de casas era reducida, corrí en dirección contraria para encontrármelos en el vértice diagonal donde estaba el semáforo; un coche de policía lentificó el paso cuando me vio a toda prisa; también tropecé con una señora que me insultó aunque sin mayores consecuencias; por fin, antes de doblar la esquina, me sosegué y anduve, intentando disimular el jadeo. La reconocí por una foto sobre la mesa de Bermúdez, Clarita, su esposa, a la que alguna vez había elogiado en público como la mejor cocinera de besugo al horno. Aquello me desconcertó tanto que no lo comenté a los compañeros; conjeturé varias historias sucias sobre la estrategia que urdía Bermúdez. ¿O Silvia? ¿Sería Silvia la que imitaba el aspecto de Clarita? ¿Formaban un trío y jugaban a las gemelas atraídas hasta la cama del canalla danzarín? Demasiadas explicaciones para relatar mi descubrimiento a los compañeros en media hora sindical de desayuno.

Durante los meses siguientes espíe la salida de aquellos alumnos; pero las tardes comenzaban a ser largas y el miedo a que me descubrieran me hizo desistir de la vigilancia. Aquellos luminosos días mediterráneos provocaron la desgracia de Bermúdez. El banco embargó un precioso apartamento en Torremolinos; primera línea

de playa, amueblado con gusto y lujo, cuatro dormitorios, un cuarto de baño con jacuzzi, dos aseos más, enorme terraza, vistas al mar desde casi todas las habitaciones y un precio contenido para quien no fuera un simple asalariado. Silvia y Bermúdez acudían con frecuencia a aquel apartamento, ultimaban unos detalles de recibos impagados a la contribución urbana, al catastro y en el Registro de la Propiedad; además, tenían que fotografiarlo y dibujar unos croquis para poder venderlo a los pocos clientes destacados a quienes fuera ofrecido con exclusividad, casi como un regalo de la empresa. Un gran negocio revendible por mucho más de lo que costaría. La directiva indicó que llenaran la nevera con cava, refrescos e, incluso, encargó a una confitería una bandeja de canapés diaria; las limpiadoras de una sucursal próxima bruñían todas las noches aquella joya cimentada. Don Justo Gálvez, director de Recursos Financieros, el poderoso capitán general de todos, comentó a su señora las excelencias inversoras de aquel inmueble. D. Justo estaba a punto de jubilarse en Madrid, y la Costa troquelaba un apetecible nido para la vejez. Voló en el avión de la entidad hasta Málaga; una comitiva compuesta por seis coches repletos de cargos de empaque corrió hacia el aeropuerto privado para recogerlo. Don Justo era conocido por su mal carácter con los subordinados y porque, aunque no avisara su llegada, exigía siempre recepciones suntuosas. La secretaria anunciaba su presencia en la ciudad a la que se dirigieran minutos antes de la hora estimada de aterrizaje. Don Justo tenía fama de mala persona y eso le encantaba. El interventor de nuestra oficina entró alterado en el despacho de Silvia, buscó las llaves y le ordenó que ella mostrara el piso. Don Justo saludó a todo el mundo con una cierta displicencia; su mujer, más amable, explicó el agitado vuelo, las turbulencias y la aerofagia, tormento de D. Justo y sus acompañantes de confianza. Silvia corrió los cerrojos y pasaron todos los directores. Abrió las puertas que separaban recibidor y salón. Los gritos de aquella mujer que pedía “más”, “más” y ordenaba

“sigue”, “sigue”, “no pares”, azoraron a aquel cortejo que se miraba incrédulo. D. Justo se lanzó con cara de perro hacia la habitación desde la que manaba aquel río fónico de placer. Bermúdez y Clarita lo miraban con pánico. Silvia se desmayó; suponemos que cuando se encontró con una mujer desnuda, su réplica casi exacta.

Franqui

Franqui no tenía preservativos en casa cuando conoció a aquella hipocondríaca. Desnuda sobre la colcha, después de dos orgasmos a los que la había llevado con la lengua, ella le advirtió que no permitiría más sexo oral. Una mujer con principios morales muy estrictos. Franqui se lanzó a la busca de condones por gasolineras y clubes. A causa de una huelga, las farmacias sólo atendían necesidades entre las que no figura un caso como el suyo. Madrugada de domingo; entre los difíciles aparcamientos y la carencia de productos en las máquinas dispensadoras callejeras, Franqui tardó más de hora y media en regresar. Sonaron tres campanadas en el reloj de una iglesia cuando ambos habían salido del bar camino de su casa; ahora contaba seis antes de introducir el llavín en la cerradura de su puerta. Abatido por el mucho esfuerzo inútil leyó sobre la pared del salón escrito con lápiz de labios: “Cerdo. Hijo de puta”. En el dormitorio: “Cabrón. Ríete de tu madre”, grabado con su estilográfica que encontró clavada en la pared cuando alzó la vista desde el colchón acuchillado y de sus trajes hechos jirones revueltos por el piso. En el caudal de esos desagües subconscientes que conducen a la miseria psíquica, aquella loca tamizó su tardanza como burla

Luisa Hornimans

Yo podía describir sus vestidos, zapatos y complementos de las últimas dos semanas, sin apenas margen para el error. Predecía, para mi gozo privado, con una anticipación de no muchas horas, cuándo modificaría el corte de su pelo. Por honestidad confieso que, a veces, los catálogos de cada temporada descubrían en ella nuevos gustos que me desorientaban hasta que la rutina de lavadoras y armarios no los envolviesen en los giros de ese carrusel de compleja pero constante cadencia, no tan oculta como ella promulgaría si me hubiera atrevido a preguntarle. Luisa Hornimans dirigía la concesionaria en Málaga de un fortísimo consorcio de seguros. Su larga melena negra llamaba la atención a los clientes, asiduos u ocasionales, de aquel bar tanto como el sonido de las muchas pulseras que tintineaban inevitables cuando, sentada en un taburete junto a la barra, alzaba la taza de café mientras hojeaba distraída un periódico durante el desayuno. Esos minutos del asueto laboral escenificaron para mí una liturgia durante años frente a aquella sacerdotisa que, tras el campanilleo y remonte de la taza hacia el paraíso de su boca, cruzaba las piernas y encendía un cigarrillo cuando las páginas finales del periódico, sobre las que vertía un cono de humo con vértice rojo en el centro de sus labios. Como ya digo la estudié igual que el naturalista ansioso por el conocimiento de su presa. Pero sólo imaginaba el resto de su vida, su ropa interior, la postura preferida mientras el sueño, los colores de la porcelana en el cuarto de baño, o sus aficiones durante el fin de semana. Jamás la vi en compañía de ningún varón. El humo casi envolvía su medio cuerpo en una esfera e imaginaba ese mundo como urna ante la que yo sólo podía arrodillarme en su contemplación. Después de pocas pero hondas caladas siempre apagaba enérgica el cigarrillo contra el cenicero, plegaba el diario casi de un golpe y salía rápida. En el aire me legaba una casi imperceptible estela neblinosa tras ella en vuelo.

Aquel día, algunas horas después de nuestro habitual encuentro matutino, apareció junto a varios subordinados suyos en mi oficina; al poco, rodeada por una legión de mis jefes pasaron a la sala de reuniones. Corrí al servicio, donde las noticias se captan más frescas, y allí entre cinco compañeros debatían ya el hecho de una próxima campaña conjunta entre su compañía y mi empresa. Nada de fusiones, pero sí de colaboración temporal para un ventajoso camino común, según después nos informó un boletín interno. La operación exigía que un par de empleados nuestros migrasen durante algún tiempo a la sede de la otra sociedad hasta la armonización de ciertos protocolos. Albergué esperanzas, pero ese cargo extraordinario gratificaba a quien lo desempeñase y desde los despachos superiores ya tenían designados a los que ejercerían esas tareas como premio. A pesar de ello nos hicieron cursar una solicitud, supongo que con el fin de constatar cómo se arrastra un asalariado cuando le proponen el cobro de unos cuantos billetes que le concederán un almuerzo imprevisto junto a su familia en un restaurantito económico y, mediante esta limosna, pueda justificarse el pedigüño a sí mismo por qué vendió su existencia tan barata. Mis fines eran otros. En ese traslado veía la clara oportunidad para acercarme a mi diosa, para charlar con ella y, una vez transcurrida esa relación profesional, poder aproximarme a la barra del desayuno y, amparado por los meses anteriores de mutua confianza, invitarla a salir esa tarde, tal vez al cine, luego cena, luego una copa cuando surgiría el esperado beso y una sucesión de conversaciones y acontecimientos previsibles.

A causa de aquel mal designio de mi hado comencé a urdir una estrategia que culminase en la consecución de mis deseos. Yo dormitaba tranquilo con sólo mis contemplaciones, pero quizás el acicate de ese acuerdo empresarial que tanto acercaba el tesoro a mis manos, me espoleó. Aunque las dificultades se agudizaran impasibles ante mí, las superaría. Cercaría a Luisa Hornimas mediante la empalizada de sus propios

gustos. Inserto entre sus espacios como virus de computadora, las probabilidades transformarían nuestro encuentro en inevitable. Me decidí. Tras su marcha del bar, me acerqué a Félix, el camarero que siempre la atendía.

-Perdone, un paquete de tabaco.

-¿Cuál quiere, señor?

-Pues no sé, soy nuevo en esto.

-¿Cómo, señor?

-Que no fumo, pero me apetece hacerlo. ¿Cuál fuma la señora que estaba aquí sentada? Me agrada su olor.

-Hoy, *Camel*.

-Pues déme uno. Me ha gustado su aroma.

Me senté en un banco; contemplé la cajetilla confuso igual que quien se atreve con una decisión trascendente en su vida. Aquella mañana me fui habituando a que mis pulmones no tosieran. Cada dos horas subía al reservado para fumadores, donde me recibieron con algazara varias compañeras que algún año antes intentaron aproximarse a mí sin conseguirlo. A la mañana siguiente, sincronicé cada movimiento con el de Luisa; ambos exhalamos el humo inicial a un tiempo y nuestras volutas se enredaron en aquel ambiente de urgencias gastronómicas. Cuando se marchó, me quedé allí sentado saboreando esa íntima victoria y al contrario que ella, apagué con suavidad mi colilla, una muestra de respeto a esa nueva práctica que me proporcionaba un tenue hilo de control sobre sus ámbitos privados. Transcurrieron así dos días más hasta que se gastó el paquete.

-Perdone, Félix, un paquete de tabaco.

-*Winston* o *Camel*, señor.

-*Camel*, claro.

-Verá, la señora hoy compró *Winston*.

La confianza de Félix me azoró, pero cuando lo sopesé vi que ningún héroe consigue sus quimeras sin aliados ni cómplices ocasionales. Con el cigarrillo de *Winston* en mis labios el futuro se ondulaba azulado y grácil ante mis ojos. Entre el camarero y yo se había entablado con rapidez un código sin pacto previo.

-¿*Winston* o *Marlboro*, señor?

-*Marlboro*.

Sabía que no tenía que dudar ni discutir. Incluso nuestra gramática particular se simplificó en breve tiempo.

-¿*Pall Mall* mentolado, señor?

- *Pall Mall* mentolado, Félix.

Jamás averigüé la frecuencia o manía con que Luisa variaba de marca. Supuse caprichoso su paladar y quizás fuese acompañando cada producto que desayunaba con un tipo de picadura que concordase con los sabores, pero no. Me senté frente a la pantalla del ordenador y diseñé un cuadrante que almacenase los datos pertinentes para que así se me revelara el secreto que se acogía tras esa multiplicidad de logotipos. Anoté vestidos, zapatos, cambios de peinado, calendario lunar, nubes, colores, pendientes. Nada. Además, el estudio me forzó a consumir tabaco según su ritmo, y pronto me vi comprando un paquete cada mañana. No revelaban un orden alfabético, ni de origen, ni de tipología: *More*, *Habanos*, *Lola*, *Chesterfield*, *Ducados*, *Gitanes*, un vendaval entre la garganta y los alveolos que ella soportaba con toda rudeza. Mi ímpetu inicial decayó. Durante mis reflexiones en la sala para fumar, no veía claro cómo aproximarme sin que Luisa me rechazase. Además, con una directiva de su rango, una negación significaría una sentencia inmutable, como los despidos, o las rescisiones de contrato, movimientos

sin marcha atrás. La consideraba vulnerable, sabía las suficientes cosas sobre ella como para que la mínima conversación se transformase en larga charla sobre apetencias o detalles que yo fingiría comunes a mí; ahora, además arrojaría sobre el tapete mi as vencedor donde se dibujaría el idéntico emblema del tabaco que ella usara ese día, y el siguiente, y el de varias jornadas después. Una feliz casualidad que absorbería la satisfacción por el filtro de la simpatía hasta que impregnase su organismo regulador de las adicciones, de las que pensaba convertirme en una de las principales. Pero no. Mis ilusiones se calcinaban igual que cigarro sobre cenicero. Debería modificar esta quietud en algún sentido. Descartado el momento del desayuno, sólo me quedaba el coto que se delimitaba en su oficina.

Pedí cita a mi superior inmediato. Le expliqué que me encontraba en una situación personal de mucho estrés y que necesitaba un momentáneo cambio de actividad. Yo no podía reclamarle nada a la empresa; también era cierto que nunca me habían regalado ningún aumento de sueldo, ni ascenso, ni siquiera había recibido alguna felicitación por mis servicios desempeñados con pulcritud durante años. En fin. Ahora necesitaba su ayuda. Mi jefe me sorprendió con una actitud muy amistosa. Me comentó que se había fijado en mi nueva costumbre y de cómo la insistencia con que subía a la sala permitida iba más allá de la razonable para alguien que nunca lo hizo. Mis compañeros, por lo visto, habían hablado de mí, de cómo tragaba el humo de forma compulsiva, o de cómo me daba igual qué tipo de tabaco fumase y me quedaba ensimismado y pensativo. En efecto, consideró que no me encontraba bien y me pedía que le propusiera alguna alternativa a mi actual empleo. Le sugerí que podría auxiliar en la coordinación del entramado con la nueva firma. Primero se negó. Luego, se fue mostrando más comprensivo cuando le indiqué que me sentí muy frustrado porque no eligieron mi solicitud a pesar de mi gran experiencia y dominio en ese campo,

precisamente. Accedí, a cambio de que yo renunciase al cobro de la gratificación monetaria que el traslado suponía. Muchas gracias. Lo celebré con un cigarrillo calmo, de chupadas largas y humo penetrante y lento en su expulsión. Luisa Hornimans caería en mis manos como corderito bajo el punto de mira.

La mañana de mi incorporación llegué alegre y con brío para ocuparme de mis novedosas encomiendas. Antes de que me asignaran una mesa junto a mis antiguos compañeros de oficina a quienes tanto extrañó mi designación inesperada, pasé por el despacho de Luisa que debía firmar su beneplácito con mi cargo. “Siéntese”. –Me tendió la mano con descuido y un leve sonar de sus pulseras. Leía un informe.- “Bien. Parece que va a trabajar aquí una temporada. Espero que se adapte a las costumbres de nuestra casa. Si todo marcha a un ritmo adecuado, no creo que esté aquí más de unos meses. Bienvenido.” Pulsó una tecla del comunicador y su secretario me condujo a mi puesto de trabajo. Qué bonita estaba con su vestido naranja que correspondía al lunes de esa semana, de ese mes, el primero que señalaría, sin duda, el inicio de nuestra relación. Durante el desayuno todo transcurrió como siempre, Luisa no se fijó en nadie y yo adquirí el paquete de tabaco que Félix me indicó: *Tiffanys*.

El ajetreo de las nuevas labores no resultaba agradable. Debía procesar una enorme cantidad de cifras y compararlas con minuciosidad de miniaturista, de modo que casi toda la mañana estuve pegado a los papeles y pantallas de ordenador, bajo la guía de mis dos compañeros que, con seguridad, estaban multiplicando mis quehaceres como método de venganza por la ofensa de haber aparecido en ese territorio que, sin duda, ya consideraban suyo. Tenía que parar un momento y despejarme. Pregunté por la sala para fumar. No sabían. Me dirigí a un operario de aquella corporación. “No hay. Aquí nadie fuma.” Creí que me mentía hasta que una chica al fondo del pasillo me dio igual respuesta. Tampoco nadie abandonaba su puesto de trabajo; Luisa había firmado un

convenio con sus trabajadores: rebajaba la jornada diaria en veinte minutos a cambio de que no se entretuvieran en fumar ni un cigarrillo. Me sentía desconcertado y con necesidad de que me relajara un *Tiffanys* entre los labios. Me encontré de pronto alterado; en mi oficina nunca supuse el veto al tabaco y jamás sentí esa exacerbación que me impedía pensar en otra cosa que no fuese la inhalación del humo hasta el fondo del pecho. Me dirigí al retrete y sentado sobre la tapa de uno de los inodoros, cerrada la puerta, encendí mi *Tiffanys*. Me sosegué. Supuse esa erradicación del tabaco como una simple estrategia empresarial a la que Luisa era ajena una vez lejos de aquel recinto. Golpearon la puerta. “Haga el favor de salir”. No apagué el cigarrillo, ni lo arrojé por la taza del váter. Abrí. El humo concentrado envolvió a quienes aguardaban. Tres hombres con gesto desabrido junto a Luisa. Habló ella. “Nos sorprende mucho su actitud. Sepa que aquí no admitimos a quienes no cumplen nuestras reglas. Le ruego que hoy mismo retorne a su sede, o de lo contrario me quejaré personalmente a sus jefes. Buenos días.” Antes de salir de aquel lugar tras la melena negra de Luisa, cada uno de aquellos hombres me dirigía una mirada con desprecio.

Mi jefe me recibió con una sarta de reproches por la confianza en mí depositada y rota, a la vez que me anunciaba posibles consecuencias. Luisa Hornimans había hablado con uno de los grandes directivos de mi oficina, según me dijeron por casualidad, y le contó que yo era un oficinista díscolo y de actitudes pueriles. Me enviaron a una sucursal apartada de este distrito, y a un cometido de menor categoría y salario. Nunca he dejado de considerar aquella medida demasiado desproporcionada e injusta conmigo. Me adapté a la nueva situación sin protestar. Aquí sí dispongo de la habitación para fumadores, aunque a veces prefiero el deleite del aire libre al sol y me voy a la puerta del edificio. Mis compañeros, dada la premura del traslado, sospechan de mí una conducta tortuosa o casi delictiva que no les descubro. Me ofrecen un

cigarrillo que inicie la conversación, aunque nunca crean por qué estoy aquí destinado. Ahora detuve mi preferencia en un solo tipo de tabaco, excepto cuando no lo encuentro y tolero algún otro, *Tiffanys*, por supuesto, rubio americano, puro Virginia, pero no se dispensa en cualquier comercio, ni siquiera en todos los estancos. Varios meses después de aquel absurdo incidente decidí que desayunaría en mi antiguo bar. Félix me saludó con una mueca amable. Luisa tenaz en sus costumbres se encontraba en el mismo taburete y postura de siempre, ya con el cigarro y el periódico en mano. Quizás me atreví porque el encuentro me provocó una total indiferencia.

-Perdone, señora, no sé si se acuerda de mí. –Me dirigí a ella con una amplia sonrisa.

-Sí. Claro que me acuerdo. ¿Qué desea?

-Verá. Aprovecho para pedirle disculpas por aquel suceso, que reconozco inmaduro. Pero dígame, por favor, por qué se enfadó tanto, si usted también es fumadora.

Cerró el periódico, e hizo un gesto a Félix que le acercó un paquete de tabaco, *Pall Mall* mentolado, si lo recuerdo bien. Tintinearón enérgicas su conjunto de pulseras. Mientras se marchaba me dijo: “Usted me resultaba simpático, pero no tolero que se burlen de mis órdenes. Respecto a mí, aunque no le deba explicación alguna, le diré que en realidad el tabaco me ayuda con el tránsito intestinal. Buenos días.”

Regresé a la oficina andando a pesar de que se hallaba lo suficientemente lejos como para que me pudieran amonestar cuando llegase. Luisa se diluyó ante mí como cenizas sobre las que el viento sopla. En ocasiones pienso en ella, sobre todo cuando algún cigarrillo ejerce sobre mi intestino un poder laxante más allá de lo habitual.

Marta Güelmes

Ella perdía el control con facilidad. En una ocasión le sacó la lengua de modo insinuante a un tipo en el *Comedy*, uno de esos bares abiertos hasta el alba asaltado por una clientela nómada que acude allí cuando los otros locales han cerrado. Muchos lo prefieren al hogar solitario; buscan la resistencia de esa última alcantarilla. El incauto aquel se acercó resuelto a ella con intenciones libidinosas.

-Oye, hazme el favor, vete, que la señorita está conmigo. –Sugerí como perro protector.

-Déjame en paz, vete tú, la señorita es libre. –No dejaba de mirarla ni de sonreír. Marta apuraba indiferente su vaso con la vista en el vacío.

Lo alcé por la parte trasera del cuello de su cazadora. No se defendió. Lo senté en unos escalones ante la mirada del camarero que no sabía si intervenir o no.

-Ahora te quedas ahí tranquilito y te tomas tu copa. –Me convertí en el amo duro del bar. Respondió un enigma.

-Si no soy yo, será otro.

Mientras, ella brindaba con un par de matones al otro extremo de la barra.

Don Evaristo D'Angelli

Igual que quien acaricia su certificado de inocencia, se acicaló parsimonioso la corbata granate, la gomina sobre el lateral del pelo y los puños de su camisa blanca aún con aroma a envoltorio. Casi se colocó en posición militar con las manos enlazadas ante sí. Protegido por su traje gris se sentía acorde con la solemnidad que requería el acto. Como una ráfaga, aquel repiqueteo de altos tacones femenino junto a él lo distrajo tanto que apenas percibió los toques de campana e himnos, preludios de esa devoción a la que riguroso y periódico se entregaba por imperativo familiar desde los diecisiete años. La mujer, vestido de luto, tocada con mantilla, el perfil de sus piernas dibujado por medias de red, legó al aire efluvios florales competidores por momentos de los ramos y cirios sobre el trono de la Virgen. Corneta, clarines, tambor, tambor.

No pudo evitar Don Evaristo que se le desviasen los ojos durante las primeras paradas, desde la corona de la Reina del Cielo a la que seguía sumiso, hasta aquellas nalgas redondas, frente a él alzadas como pomelo en gajos. La penitencia, corneta, tambor, paso, paso, se le antojaba algo más dura que en años anteriores. La edad, tal vez. La primavera significaba aquel despertar de la sangre y el rito. Moría la luz vespertina a pocas calles aún de la Hermandad. Quedaba un largo camino. Buscó refugio en la memoria; su padre lo había instruido en cada recoveco del protocolo. Aún recordaba aquella mueca de leve sonrisa cuando ambos apretaban a un tiempo sus respectivos cilicios, o los consejos mientras elegían piedrecillas planas para introducir en los zapatos, siempre de estreno. La Santa Señora parecía aliviar por momentos su tensión a pesar de aquella ineludible presencia femenina.

Transcurrió el recorrido, tambor, tambor, clarines. La visión del manto de la Madre Dolorosa se distorsionaba a causa de aquella cintura por los encajes del velo

mecida. Don Evaristo D'Angelli sentía rotas las plantas de los calcetines; un tenue hilo de sangre ya manchaba su pantalón. Se cumplió el designio según el final de Cuaresma; en esta ocasión el desfallecimiento superaba a la voluntad. Ocurrió entonces el milagro. El vestido de aquella mujer se había desgarrado desde la raíz de la cremallera. El tanga revelado le insufló aliento y ya sólo se encontraba impaciente ante el pronto regreso a casa. Tambor, tambor, cornetas, aplausos e himnos. Encierro. Cojeó hasta el dormitorio con deseo de finalizar aquella liturgia. Sobre la colcha ella aguardaba ahora sólo vestida con las medias de red y los tacones, como así lo había instituido su antigua estirpe cofrade.

Estrella Sandoval

Quizás aquella foto de viaje remitida sin ganas a mi correo electrónico desencadenó el proceso; tal vez, alguna descarga venida desde los circuitos de mi ordenador que comprendieran más humanos que tú mi necesidad de verte, de saber de ti. Esa noche regresé como llovizna por los canales hasta la plaza de San Marcos, ambas silenciosas y nocturnas. Corrí de nuevo por esos zaguanes cuyos portones años antes nos abrieron el paso a aquellas puertas que daban a otras puertas y estas a otras por donde los venecianos evitan el deambular errabundo de tanto viajero.

Me senté a la misma mesa donde nos sirvieron bacalao y polenta en aquel minúsculo bar sólo para lugareños. Me levanté porque sabía dónde estabas y volé las tapias, contemplé los jardines escondidos hasta que te encontré en aquel palacio, antes vivaz entre intrigas mercenarias, hoy escenario para turistas que degluten con igual criterio los peores vinos escanciados junto a operetas de segunda. Te sonreí y no te extrañó verme a tu lado por ese mínimo privilegio con el que los durmientes reajustan el mundo según su deseo.

Por la mañana borré tu mensaje y anduve Venecia en mis bocetos y en los libros. Tampoco ella mereció nunca tu visita.

Lucio Alfaro

Jamás salió de su ciudad y muy poco del barrio al que sus padres lo trajeron con pocos meses de vida para que aquel primer vástago no sufriese los rigores existenciales o climatológicos del pueblo montañés al que lo hubo abocado el destino. Tomó novia cuando su madre, doña Gertrudis, se lo indicó. La elegida fue Esmeralda, la vecinita del primero A, también hija única, criada bajo la estricta vigilancia y moral de su madre, doña Casilda, viuda, natural de una aldea próxima al pueblo del matrimonio Alfaro, garantía cierta de una crianza sin tachas para la chica y de un aprendizaje basado en el respeto, la austeridad y la decencia, virtudes que toda madre desea como adorno de quien la sustituya en el cuidado de su hijo. Después de una animada charla con café, donde Esmeraldita actuó como silenciosa testigo y sirviente, doña Gertrudis y doña Casilda, certificaron el feliz futuro de Lucio, ya en espíritu unido al brazo de Esmeralda según vínculo materno.

-¡Lucio, Lucio! Ven, ven. -Vociferó doña Gertrudis. Lucio, tumbado sobre la colcha, las manos cruzadas tras la nuca contemplaba una tenue grieta en el techo de su dormitorio que le recordaba el cauce del Nilo. Lucio podía pasar así horas, la vista fija en el techo, imaginando aventuras tórridas con negras exuberantes a las que él, explorador blanco, libraba de las servidumbres debidas a sus crueles dueños africanos. Las chicas, agradecidas a su valor, se constituían en harén dispuesto a satisfacerlo en cuanta pequeña o grande perversión sexual cruzara por su psique. Lucio el del gran falo adorado por su coro de sacerdotisas betuminosas. “Oh, Lucio, Oh, Lucio, así...” - ¡Lucio! -Irrumpió su madre en el cuarto- ¿Quieres venir, que te estamos esperando? Vamos, que estás tonto.

-Voy mamá, perdona, me había dormido. –Argumentó, alzado desde la cama con premura por el tono imperativo de su madre.

Cuando entró en el salón, ambas miradas maternas confluyeron en él, Esmeraldita desvió, prudente, su ángulo de visión hacia el suelo.

-Mira hijo -Señalaba doña Gertrudis en actitud oferente- ¡Mira qué ricura de niña! Aquí doña Casilda te concede permiso para que podáis veros.

-Pero siempre dentro de un orden y una vergüenza, se entiende. –Apostilló enérgica, aunque a media voz, doña Casilda a doña Gertrudis.

-Por supuesto. Ni que decir tiene. –Se dirigió doña Gertrudis a doña Casilda- Además (A Lucio) delante de ambas te lo digo, bajo mi techo faltas de moral ninguna. Para eso te hemos criado como te hemos criado, hijo. (A doña Casilda) Confiemos en la educación de los dos chicos y en su responsabilidad.

-Faltaría más. Que mi Esmeraldita está enseñada para ser una mujer respetable y no me cabe duda de su comportamiento. (A Esmeraldita) Anda hija, saluda a Lucio.

-Hola, Lucio.

-Hola.

El tiempo de noviazgo rumió una alternancia de visitas a los salones maternos. Ambas familias se reunían para almorzar los domingos, bien en una casa, bien en la otra. Allí, el padre de Lucio, antes taxista, ahora pequeño empresario del transporte, ocupaba el puesto concedido a quien queda como único suegro y esposo. Podía beber todo el vino que quisiera; apenas lo solicitaba, otro vaso surgía veloz desde la cocina. Según su gusto, se quedaba callado con la mirada fija en algún evento televisivo sin que nadie interrumpiera sus reflexiones; y disfrutaba además del privilegio de una siesta en el sillón, hasta que también taciturno quisiese marcharse hacia otras tareas. Las señoras,

inmersas en sus conversaciones apenas reparaban en él, una vez que considerasen cubiertas sus necesidades y siempre que no se hubiera manchado.

La joven pareja se limitaba a hablar, una frente al otro, sobre sus pocas aficiones comunes, anécdotas de celebridades conocidas por televisión o radio, y proyectos personales de futuro, concepto nebuloso en el imaginario de Lucio, pero radiante para Esmeraldita, nacida para hija, esposa y madre, hitos biográficos inamovibles, trazados por su progenitora a quien se los delimitó su abuela y así en sucesión ascendente. La vocación de Lucio aún estaba por llegar, casi siempre navegante por aquel Nilo transcrito al techo de su habitación, portal hacia aventuras lascivas y heroicas, a veces próximas a su delta, a veces casi al inicio de su cabecera. La rigurosidad antropológica de Lucio teñía a sus odaliscas rescatadas de una mayor o menor intensidad de negro según latitud del escenario, pero siempre coincidían en una exacerbada dotación pectoral, cálices del revés vueltos henchidos de néctar para aquel salvador blanco que en onanismo finalizaba la proyección de su intransferible película.

Los años hilvanaron la inevitable deriva por la sentencia de las horas. Murió el padre de Lucio. Quedó Lucio Alfaro como único varón de la casa. Debía asumir responsabilidades. Aquella noche, durante el velatorio en el que Esmeraldita servía reconstituyentes a los vecinos y parentela allí congregada, Lucio se atrevió. Doña Gertrudis, entre sollozos, rogó a los jóvenes que buscasen una antigua gorra de chófer a la que el padre siempre tuvo mucho cariño. Sabía que le hubiera gustado un último adiós con ella bajo el brazo. Al secreto de las enormes puertas abiertas del armario, arropados por el murmullo y llantinas en la habitación contigua, Lucio besó a Esmeraldita quien, mermadas sus facultades por las emanaciones de la abundante naftalina, no se opuso sino que enlazó sus brazos alrededor del cuello de su prometido dejando así el camino fácil para que le acariciara aquellos minúsculos pechos, apenas

pezones erectos y consonantes con la sonrisa de satisfacción con que Esmeralda se separó de él, recompuso su vestido y cumplió el encargo encomendado por su futura suegra.

Lucio anduvo cabizbajo durante el resto de aquel ritual luctuoso; en nada se parecían aquellas glándulas mamarias al canon establecido en sus delirios coloniales. Se camufló aquel estupor entre la espesura de la supuesta tristeza. Esmeralda buscó sus ojos durante toda la noche para que un gesto certificase entre ambos aquel sello de unidad. Apenas una mueca pudo dibujarse sobre el rictus labial de Lucio. Tras años había caído en la cuenta de que Esmeraldita también acogía en su nombre un cuerpo.

Ambas viudas no duraron muchos más meses en este mundo. La señora Alfaro cayó en una profunda depresión que modificó sus hábitos alimenticios y, a pesar de los cuidados de doña Gertrudis no logró reponerse. Esos desbarajustes vitales, sin embargo, abrieron puertas de libertad a los amantes que disponían del amparo que les proporcionaba una u otra vivienda vacía por motivos de visitas médicas o por meras atenciones que una madre dispensara a la otra. Esmeraldita las acostumbó a que la encontraran casi siempre vestida de bata por una súbita niponfilia justificante de su pelo recogido en moños y sus chanclas pero, sobre todo, de esa sencilla indumentaria que permitía rápidos encuentros sexuales facilitados por la ausencia de ropa interior. Lucio inició la costumbre de ofrecerle una nueva bata como regalo cada pocos días. El armario y los cajones de Esmeraldita pronto rebosaron de imitaciones de seda, de colores brillantes, de motivos ornamentales con paisajes chinescos, con ramajes sobre fuentes nevadas, con pájaros, lisos, con perros. Se acomodó en los recovecos de aquella estancia un universo de ropas pseudo-orientales que, en efecto, concedía a aquellas actividades furtivas amatorias un cierto aire de lupanar a la japonesa. Los momentos más excitantes, al menos para Lucio, sucedían en su cuarto. Con la vista puesta en el caprichoso curso

de su Nilo trampantojo mientras Esmeraldita se aplicaba en las artes eróticas orales, acudían inevitables aquellos pechos soñados. Tras breves escenas imaginarias donde la orgía enterraba al explorador Lucio en un alud mamario, la eyaculación ponía final punto feliz a la doméstica aventura geográfica que desembocaba en la realidad con la cabeza de Esmeraldita sobre el pecho de Lucio que aún mantenía durante unos minutos la observación de meandros y posibles cañones por aquella grieta en el techo figurados.

Cumplió el destino sus barruntos lúgubres y a la muerte de una progenitora sucedió la otra en apenas quince días. El vecindario se hallaba consternado por la mala estrella con que se ornaba el camino de los novios ahora huérfanos. Lucio vio la luz impelido por la sucesión tan rápida de acontecimientos. A pesar de que ambos acordaron que convivirían un mayor número de horas a partir de ese momento, también convinieron en que mantendrían sus espacios personales en los respectivos inmuebles paternos. Lucio decidió que continuaría con la costumbre de la adquisición de batas, a la vez que abriría un negocio que le ahorrara este gasto. El heredero vendió las pocas posesiones rurales paternas, la licencia de dos taxis e invirtió todo el capital en un pequeño comercio de blondas, costura y lencerías que pronto significó para él uno de los motores de su existencia antes que un mero pilar monetario. Cada día, domingos y festivos incluidos, Lucio Alfaro se situaba frente a su fachada y con gesto pensativo imaginaba diversas composiciones del escaparate, una diferente exhibición en las vitrinas e, incluso, modificaba los focos de luz para que destacaran prendas y primores de temporada ante la posible y siempre exigua clientela de ese barrio ya envejecido. Su labor se convirtió en el eje de unas tribulaciones tan recónditas que ni siquiera permitía que Esmeraldita participase de ellas; su relación con *La moderna. Costura y Lencería*, se limitaba a la aceptación de la nueva bata, obsequio de Lucio, y al repaso junto a él por las tardes de los catálogos con corsetería femenina que cada mes llegaban.

Transcurrían las horas de cada uno en sus ocupaciones individuales, salvo para el goce mutuo algunas noches. Sin embargo, Lucio nunca pudo zafarse de las alucinaciones que su idea de la exuberancia africana le producía. Aquel deseo recurrente lo colmó de una angustia imprecisa. Algo faltaba en su vida que él nunca supo, o nunca se atrevió a cumplir. Ese designio sofocado, junto con la dedicación a su negocio, disminuyó la efervescencia de la libido hacia Esmeraldita. Incluso cesó el flujo constante de batas orientalistas con el pretexto de la jubilación del distribuidor. La convivencia mutua se aclimató a ese ambiente de luto casi perpetuo del que ambos domicilios paternos se habían impregnado, refugios de intimidades y somnolencias.

Esmeraldita se entregó a la lectura febril de novelas donde tahúres, indios, vaqueros borrachines y suripantas de cabaret trezaban historietas insulsas pero que permitían el vuelo de la imaginación hacia *Missisipi*, *Arkansas* o *Montana*. Entre aquellas páginas y en formato de extensos diálogos intercalados con párrafos breves, se debatían los conflictos morales y las habilidades pistoleras de hombres ásperos a quienes la fortuna premiaba al final con una mujer sufrida y de ánimo virtuoso. Esmeraldita inició su afición mediante el método del intercambio, que realizaba en un puesto ambulante varias esquinas más allá del edificio donde vivía, pero pronto se dedicó a atesorar aquellos librillos de los que le daba pena desprenderse después de momentos tan emocionantes junto a sus protagonistas. Acudió a aquel mercachifle que ejercía como librero popular y le vendió una caja repleta de biografías de jesuitas y cartujos ejemplares, junto con recetarios de aroma francés y algún libro de instrucciones para batidoras de mano. Tras una cicatera valoración de aquella quincallería encuadernada, Esmeraldita adquirió dos novelas del oeste, aunque con las pastas raídas; a partir de aquel momento, cada ciertos días sumaba una más a su biblioteca de ilusiones, de modo que en algunos meses el mueble color caoba del salón se había

cubierto de folletines tamaño octavilla con lomos dibujados en colores alegres aunque ya desvaídos por el tiempo.

Lucio veía en ese ánimo lector una nueva circunstancia que lo eximía de las atenciones y la charla que entre parejas se deben. Torcía sus pasos hacia la obsesiva decoración de su negocio, o hacia su casa donde tumbado sobre el colchón, una y otra vez recreaba imágenes del exotismo tópico que atribuía al natural africano. Erigieron un muro del que no eran conscientes; la sucesión de movimientos lógicos en el tablero de cada uno los llevó simultáneos a una respectiva entrega al onanismo mientras cada una de sus fabulaciones divagaba por los vericuetos de sus edenes clandestinos. Esmeraldita quedó lánguida sobre el butacón, algo abierta la bata y aún su mano introducida entre sus piernas ya cerradas, mientras disminuían las leves contracciones de placer. Lucio en el hogar de sus padres, varias plantas más arriba, la vista fija en aquella franja del Nilo, aún con un leve jadeo en los pulmones y un incómodo líquido que caliente le descendía por el puño.

Transcurrieron meses sin que aquel par se despabilase entre esa llama mustia que la monotonía asfixiaba. De vez en cuando, algún sordo crujido, por la rueda de las horas exhalado, producía que a un tiempo se diesen cuenta del silencio que los atenazaba e, igual que desde un sueño regresados, charlaban sobre asuntos domésticos u organizaban algún paseo corto, a veces aderezado por una cerveza y una ración de gambas. Aquellas ocasiones finalizaban en el lecho común, aunque el resto del día volviese a difuminar a cada uno en sus pasatiempos y menesteres.

La angustia vital de Lucio se acrecentó a causa de una nefasta concurrencia de campañas publicitarias. Aquella mañana llegó a la tienda un representante de una nueva firma extranjera que desembarcaba con un extenso catálogo de lencería donde los sujetadores se mostraban como su producto más destacado. Junto a una serie de

esquemas textiles que instruían al inexperto sobre los patrones y cálculos que sostienen esas modernas pirámides donde se aloja parte del magnetismo femenino, aparecían varias páginas con profusión de fotos en las que se ejemplificaba la gran trasgresión por obra de humano urdida contra todas las leyes de la gravedad; sobre todo, contra las que atraían hacia la tierra los senos de talla superior que, mediante la industria, quedaban recogidos y neumáticos bajo la sonrisa de la modelo. Aquel delegado realizó uno de los mayores encargos de mercancía de aquella jornada. En una semana a partir de aquella visita, el escaparate de la *La moderna. Costura y Lencería* se encontró repleto de sujetadores de última hornada y en oferta para que su cantidad disminuyese lo antes posible.

No cesaron ahí los dardos que la fortuna arrojaba contra Lucio. A la mañana siguiente de la visita de aquel comercial, la pronta inauguración de una clínica de cirugía estética inundó ciertos distritos con folletos donde se concedía gran relevancia tipográfica a la sencillez y facilidades de pago con que los doctores practicaban liposucciones, tratamientos contra la alopecia e implantes mamarios. Según insistían apenas modelaban el cuerpo con que la naturaleza dotó a cada quien. “Como la mano que acaricia el agua” rezaba una de sus consignas.

Aquella misma tarde se manifestó la primera anomalía en el imaginario de Lucio. Tumbado sobre la colcha, absorto en su inspiradora hendidura en el techo, su Nilo se transustanció en el perfil del Rhin boscoso. Al principio sintió miedo; el dictado de su inventiva proyectaba una tira de imágenes con guión distinto. Cerró los ojos y se dejó llevar. Ya no era el explorador Lucio; el ambiente tropical se había trocado en una barcaza donde unos carboneros tiznados retenían secuestradas con objetivos siniestros a un grupo de vendimiadoras alemanas, todas con el cabello como el oro y las ubres por encima del corpiño que les ceñía al mismo tiempo la cintura. El ahora agente especial

Alfaro asaltaba desde su mini submarino aquella embarcación, y eliminaba mediante golpes a aquellos facinerosos. Después, el grupo de mujeres agradecidas se despojaba de ropa y revelaba la blancura de su piel apenas por el sol rozada y sumía al valeroso Lucio en un festín mamario, con tallas enormes y pezones rosa. Entre ellas Esmeraldita, opulenta, con dos grandísimos pechos, abundante más allá de toda foto en catálogo. Tras un breve lapso Lucio continuó gozoso con una sucesión de pequeños deseos ocultos que obligó a realizar a aquella Esmeraldita recompuesta y fantasma, pero a su voluntad entregada por oficio de una mente que detectaba aquellas frustraciones cada vez más nocivas.

Lucio, acuciado por lo que sentía como zozobra del ánimo, decidió que tanto él como Esmeraldita tenían que modificar esas costumbres que abundaban en una incomunicación cada vez más profunda. Aquella tarde hablaron.

-¿Pero no te parece que estamos bien así? –Se sorprendió Esmeraldita con el discurso previo de Lucio sobre la consistencia de los vínculos personales y la importancia del mayor número de horas que debían transcurrir en la contemplación del uno junto al otro.

-Sí, Esmeralda. –Respondió algo enérgico Lucio- Pero es que entre el trabajo y las horas que pasamos cada uno en nuestras propias casas, hay días en que ni nos vemos. – Esmeraldita guardaba silencio y atendía como a algo de compleja intelección.

-Bueno ¿y qué? Yo me encuentro así a gusto; prefiero la tranquilidad de mi butaca para leer y que luego nos veamos ya libres de obligaciones, pero si lo quieres de otro modo...

-Mira, yo quiero que vengas a la tienda. Además, así sales. También voy a trasladar aquí todas mis cosas y cerraré el piso de mis padres. –Concluyó Lucio que diligente fue a uno de los dormitorios para poner orden en un armario que le permitiese una mudanza rápida.

Aquellos cambios no agradaban a Esmeraldita. Se sumió en la lectura de la novela, transporte inmediato hacia paisajes de llanura seca y pasiones volcadas sobre el borde de un perpetuo precipicio. *Duelo de cimarrones*. En primer término de la portada el gesto desencajado de un pistolero caído sobre una roca; al fondo, una chica rubia se abraza a un hombre de pie al que aún humea el cañón de su pistola. Sobrevuelan el cielo varias siluetas que se intuyen como de buitres. La protagonista, camarera en un casino situado en una ruta apenas transitada, se entrega una noche al ardor que en ella despertó un desconocido que allí se detuvo. Cuando amaneció, ambos huyeron con el propósito de colonizar tierras más allá de Río Grande y criar vacas e hijos, según este orden. El dueño del negocio, a quien su empleada siempre fue esquiva y a la que sólo conseguía si la forzaba, contrató a un asesino para que acabase con la placidez de los enamorados. Los alcanzó en el preciso instante en que habían contemplado un valle fértil al que ya reivindicaban de su propiedad y por donde imaginaban en alegre carrera a las reses y los infantes, así por este orden. Tras una serie de insultos al desconocido y calumnias sobre la integridad de la fugada, el criminal con nombre notorio en el mundo del hampa lo reta a un duelo. El viajero confiesa al matarife ya moribundo que en realidad él fue el revólver más rápido al sur del Pecos, Michigan Fly, apodo que ahora buscaba que se borrara de la memoria colectiva motivado por aquella mujer, y la promesa futura del ganado y la prole. El rival bravucón muere entre los estertores del asombro mientras los amantes victoriosos se besan a la luz de un crepúsculo, firme testigo de su felicidad. FIN. Esmeraldita ya movía su mano entre las piernas, los ojos cerrados, concentrada en la sensación que debía producir la barba de un tosco habitante del oeste americano, con su aroma vacuno y la firmeza de su musculatura abdominal. Los pasos de Lucio disolvieron su fantasía.

Comenzó un domingo por la tarde la nueva etapa en la vida de Lucio y Esmeraldita. Cada uno tenía que amoldarse al otro, insistía Lucio. Esmeraldita no sabía interpretar bien los sentimientos que le provocaba esa previsible alteración del orden con que ella había distribuido sus horas, como objetos personales dentro de un cajón secreto al que ahora su pareja zarandeaba sin una finalidad clara. Pero aceptaba la nueva senda. Los armarios que Esmeraldita no usaba se llenaron con la ropa de Lucio; la invasión incluía sendos retratos de sus progenitores, el del padre tocado con la gorra de conductor, que se colgaron en fila horizontal junto a otros que allí se hallaban de los padres de Esmeraldita. También desembarcó Lucio varios catálogos de lencería para los que Esmeraldita, reticente, hubo de habilitar algún espacio entre sus novelas del oeste, lo que la tuvo molesta durante el resto del día. A la mañana siguiente se dirigió a la tienda junto a Lucio. La escasa clientela femenina se sorprendió ante su presencia pero también agradeció el poder hablar con otra mujer sobre hilaturas y problemas de talla o lavado. En pocas semanas, Lucio, como en una tragedia mal escrita, pasó a un segundo plano donde se diluía su personaje entre el transporte de cajas, el alcance del género que se alojara más allá de la altura de Esmeraldita, o en la ordenación y limpieza de los escaparates que ahora se exhibían según el criterio de Esmeraldita quien aupada por una energía nueva comprobó que aquel trabajo le gustaba y, además, poseía dotes como vendedora que desconocía. El negocio pasó de soportar unas ganancias mínimas, a exhibir una rentabilidad constante y sólida durante varios meses seguidos. Los viajantes comerciales saludaban a Lucio con respeto, pero se dirigían efusivos hacia la que comprendían como nueva fuente de sus comisiones. Lucio comenzó a estar más callado cada día y poco a poco se desplazó de la tienda hacia la calle; aprovechaba cualquier pequeña excusa y se marchaba a un encargo que se resolvía igual por teléfono, o mediante una transferencia bancaria. Andaba grandes distancias que le evitasen el verse

entre las paredes de aquel refugio que con tanta fragilidad se había derrumbado sobre él. Cuando llegaba, tras el lento cierre de la caja y la atención a las últimas clientes que incluso permanecían dentro con las persianas metálicas casi bajadas ya fuera del horario establecido, Lucio constataba en los balances una nueva victoria de Esmeraldita sobre los laberintos mercantiles que él interpretaba como otra derrota de sus proyectos bombardeados por cantidades de billetes que elevaban el saldo de su común cuenta de ahorros tanto como el abatimiento de Lucio, secundario de relleno al fondo de una escena galante.

No pasó desapercibida esta nueva situación anímica para Esmeraldita. Ahora que vivían juntos y que la idea de compartir tiempo, obligaciones y espacio se había revelado fructífera, Lucio se mostraba distante en todo momento. Ella regresaba al hogar con las piernas cargadas pero satisfecha por el trabajo bien desarrollado y las relaciones con la clientela que poco a poco habían establecido una confianza que otorgaba a aquel local un halo de alegría manifiesta en los corrillos que se entablaban en torno a un nuevo tejido, o a la discusión sobre la estética de alguna prenda de temporada. Lucio se limitaba a avisar de que se marchaba para realizar un encargo, Esmeraldita asentía y se integraba de nuevo en la conversación de sus clientes. Una vez cerrada la tienda, los retratos severos de los padres contemplaban a Esmeraldita sumida en la lectura de las novelas del oeste que ahora adquiría mediante pedido telefónico. Encuadernadas en imitación de piel, con letras inscritas en oro, revelaban en su continuidad espacial junto a las antiguas una especie de ecuador entre la pobreza del colono incipiente y la prosperidad del rico rancharo, señalado por *La cicatriz de la horca* y la ostentosa encuadernación de *Una fiel promesa*, donde los amoríos y escenarios dibujaban una trama con empaque más vistoso que el de sus predecesoras. Los pocos catálogos que Lucio aportó a la biblioteca compartida acabaron en la basura.

Él se tumbaba en el sofá como si estuviese a punto de realizar una serie de confesiones a la doctora; Esmeraldita, los pies dentro de una palangana eléctrica, o en alto sobre taburete y cojín, ahora ataviada con auténtico kimono japonés, se sumergía por los vericuetos de aquellos secarrales imaginarios que le entregaban su dosis de alimento para el espíritu, entre olor de pólvora, ruidos de naturaleza salvaje y besos al trote de caballos. Cuando se sentía relajada hacía la cena, ordenaba el dormitorio y tras alguna breve conversación con Lucio sobre el próximo día en el comercio, ambos se acostaban como si habitasen aún sus respectivos domicilios. Esmeraldita prefería el silencio aunque no comprendiese aquella actitud.

Una tarde, Lucio abandonó el sofá mientras Esmeraldita leía; subió a la casa paterna que no pisaba desde hacía meses. El ambiente ahora había adquirido un cierto tinte fantasmagórico con el mobiliario cubierto por sábanas blancas, las persianas bajadas por completo y la luz macilenta de la única bombilla que dejó en cada habitación. Comprobó que no se hubiesen filtrado humedades en el cuarto de baño ni en la cocina. Abrió los armarios que expandieron su olor concentrado a presencias antiguas y a perfume contra los insectos. Se tumbó sobre su colchón y fijó la vista en la grieta del techo; recorrió con parsimonia cada centímetro de su trazado y sólo vio una grieta en el techo de su dormitorio. Cuando regresó, Esmeraldita lo esperaba con la mesa puesta y la cena caliente. No hablaron. Esa noche en la cama lo abrazó durante un buen rato.

Esmeraldita desarrolló nuevos hábitos. Acudía al salón de belleza con frecuencia, y el maquillaje poco a poco ocupó un lugar destacado en el mostrador de la tienda y en sus enseres personales. El negocio de lencería compartió paredes con la cosmética y redundó en un mayor beneficio por absorción de nuevas clientes que pronto se hacían asiduas y entablaban relaciones con la dueña que, incluso, una mañana de sábado se atrevió a tomar un aperitivo con un grupo de amigas. Ese día Lucio cerró la

tienda y ni siquiera almorzó la comida en frío que Esmeraldita le había dejado preparada. A media tarde, regresó contenta y saludó efusiva con un fuerte beso a Lucio, se dirigió a la ducha y luego, desnuda, llevó a su pareja de la mano hasta la cama quien sorprendido se dejó hacer igual que una geisha entre los brazos de su samurái. A horcajadas sobre él, con el ímpetu descorchado como una botella de cava, ambos alcanzaron un pronto y fuerte orgasmo, su relax los hizo dormir hasta la mañana siguiente, domingo en que por solicitud de Esmeraldita almorzaron en un buen restaurante; quizás fuese la desinhibición disuelta entre el vino y algún licor, pero Esmeraldita repitió la escena amorosa del día anterior.

Las nuevas costumbres enfocaron a Lucio su situación con mejor ánimo y Esmeraldita recondujo la disposición de su consorte hacia el abordaje de una serie de cambios que llenaron de luz y color las paredes cubiertas por un mobiliario nuevo acorde con las propicias circunstancias. La ropa de ambos también conoció modificaciones que arrojaron la anterior casi monocromía y cortes antiguos, distintivos de los Alfaro, hasta el vertedero. Todo se alegró por órdenes de Esmeraldita que incluso alojó los retratos paternos entre las páginas de un álbum fotográfico guardado al fondo de una alacena. El siguiente turno de transformaciones tocó a la tienda. Tras el encargo de presupuestos y diseños Esmeraldita contrató unas vacaciones durante las que se realizaría la mayor parte de las obras. Lucio se opuso al principio, pero la enérgica determinación de Esmeraldita que pretendía el disfrute para ambos del producto de su trabajo lo disuadió de protestas insistentes. Esmeraldita sentía que había construido su rancho en un oeste íntimo al que nunca imaginó que pudiera llegar. Lucio se veía como un náufrago que a merced del río navegaba en un yate de lujo pero sin timón; se deleitaría con el paisaje y las ricas viandas.

Aquellos días en la costa dibujaron una postal con soles amables y azules calmos. El incipiente julio aún no había desplegado sobre las playas de Torremolinos su espada flamígera, lo que invitaba al paseo tanto como a la molicie bajo la luz en la terraza del hotel frente al mar. Embriagados por aquel perfume de bronceador que a ciertas horas inauguraba por todos los rincones la apertura de un pequeño paraíso entre los dos acotado, inducidos por el ambiente de ocio, la pareja Alfaro sintió un mutuo deseo con vitalidad y frecuencia sorprendentes. Lucio la abordaba en la ducha; era despertado por las caricias de Esmeraldita en mitad de la noche; se besaban nada más que las primeras luces los llamaban a una nueva jornada puesta a sus pies para el gozo como la alfombrilla de aquel dormitorio. Esmeraldita se adaptó a la moda playera que descubrió entre las hamacas y, animada por el moreno con que su piel se había tostado, se compró un tanga mínimo sin sujetador. Lucio la mordisqueaba entre las olas, le parecía otra. Por las noches, descubrían bares ingleses con música en directo. Entre aquellas mesitas iluminadas por velas, con el rojo del sol aún sobre el rostro, se transportaban hacia un imaginario cosmopolita ajeno a su pequeño mundo. Esmeraldita olvidó sobre la mesilla su última novela, *El revólver de Lucifer*; optó por las revistas suecas, inglesas e italianas que los extranjeros del hotel dejaban junto a los sillones de las salas de lectura. Incluso ambos se atrevieron una noche con varios daiquiris que los envolvieron en un abrazo de risas y alegría. Pero todo jardín de delicias conoce su final.

La apertura de aquel comercio remozado significó un acontecimiento social en el barrio y en varias avenidas más allá. La buena fama que se había expandido antes de su cierre dio en esos días unos frutos inconcebibles en las mejores hipótesis contables de los Alfaro. Lucio iba contento hacia el contenedor de papel cada hora con un montón de cajas apiladas vacías ya del género que contuvieron. Esmeraldita después del cierre propuso cada noche la cena en un restaurante distinto donde se atrevieron con algunos

vinos modestos, siempre sugerencia de la cocina; eso sí, culminaban el postre varios daiquiris que les insuflasen nuevos ánimos. Ya en casa, hicieran o no el amor, siempre entraban al dormitorio entre risas y besos. Lucio se dormía con rapidez y Esmeraldita invocaba las caricias del sueño mediante la lectura de esas novelas que luego la sumían en paisajes polvorientos, ambientados por el sonido de mugidos, relinchos, disparos y ventiscas, fondo de cuadro para un galán musculoso y rudo al que ella se abrazaba como a un roble protector. La madrugada ponía un final prosaico a aquellas fantasías que más de una vez la hicieron retorcerse durante la noche por placenteras convulsiones.

Lucio se encargaba de los asuntos externos del comercio, pero cada vez se encontraba mejor cuando no salía de allí. Había hallado en la paz de aquella relación con Esmeraldita y con sus negocios un vergel que por inexperiencia siempre había creído imposible. Contemplaba cómo Esmeraldita atendía con amabilidad a la clientela. Su estrategia se constataba a diario en la cuenta de la caja, en la cantidad de personas que por allí pasaba y en la satisfacción que Lucio expelía. Además, Esmeraldita sabía combinar, como él nunca hubiera hecho, trabajo con diversión en cóctel tan bien mezclado, como los daiquiris que con tanta dulzura despedían bastantes jornadas.

Apareció por allí el representante de sujetadores al que Lucio había conocido cuando abrió la tienda. Tras los saludos de cortesía y los parabienes por el gran cambio de aquel local cuya fama, según confidencias, corría por los departamentos de mercado de toda la región, aquel hombre supo hacia quién dirigirse. Mostró a Esmeraldita los últimos catálogos, auténticos manuales sobre la perspectiva y el volumen. Esmeraldita se quedó convencida de las bondades de aquellos productos y tras muchas negociaciones que se prolongaron durante varios días y en las que intervinieron diversos delegados, *La moderna. Costura y Lencería* se convirtió en punto de venta exclusiva para todo el municipio. Lucio consideraba muy arriesgada aquella apuesta. Esmeraldita

lo calmó con argumentos propios más de una intuición que de certezas demostrables, pero Lucio decidió confiar en aquella mujer que había decorado su existencia con los tonos subidos del gozo. Los primeros transportes de cajas plegadas hacia el depósito de cartón disiparon los temores de Lucio. Aquel pacto comercial había sido un logro por el que la pareja brindaba cada noche.

Los beneficios aumentaron y Lucio, que no pedía más a su devenir de imaginario explorador jubilado, recibió con una contracción de estómago la confianza de Esmeraldita: “Me quiero aumentar el pecho”. Lucio balbuceó; no sabía qué decir, argumentó que no era necesario, que se trataba de una intervención quirúrgica con riesgo, pero descubrió al fondo de la mirada de Esmeraldita una firme decisión. Brindaron con varios daiquiris e hicieron el amor con iguales vibraciones concordes que cuando aquellos instantes en Torremolinos con su beato influjo solar, la playa y un desenfreno comedido a su alrededor.

En una semana Lucio y Esmeraldita se encontraban en la consulta de aquella famosa clínica de cirugía plástica que en muchas ocasiones había hecho campaña publicitaria mediante folletos depositados sobre el mostrador de *La moderna. Costura y Lencería*. Tras varias pruebas analíticas, llegó el momento. Lucio colgó un aviso de cierre provisional. No querían dar explicaciones. Lucio aguardaba en un pasillo. Desde la cristalera se veía un jardín con una fuente central donde bebían algunos pájaros. Dos tórtolas se arrullaban y Lucio sonrió por la buena fortuna hacia la que lo había enviado un sino a cuya voluntad se sabía ajeno. Cuando Esmeraldita salió del quirófano, Lucio la besó en la frente. Ya en su habitación, las enfermeras revisaban la postura con que debía quedar acostada y las vendas que cubrían su torso. Un éxito según les dijo el doctor que prefería a la paciente allí ingresada algunos días más de lo habitual, dado el volumen de las prótesis. Aquel vendaje encarnaba para Lucio el envoltorio de un premio

que esperaba su fecha para ser desvelado. Regresó, pero no al domicilio común sino al paterno. Recorrió con parsimonia las habitaciones e inspeccionó el cuarto de baño. Abrió las ventanas y oreó aquella estancia que comenzaba a oler como los recuerdos desvaídos. Sobre la cama, concentró su atención en la hendidura del techo y entre sus curvaturas resucitó Lucio el héroe, ahora solitario tripulante de un pesquero al que subía, de entre las olas rescatada, su Esmeraldita bendecida con dos enormes mamas de las que él disfrutaba en el camarote como recompensa a tanto arrojo. Una vez finalizado aquel acto onanista, la imaginación viraba el barco hacia las playas de Torremolinos, su fiesta perpetua y sus daiquiris.

Después de quince días durante los que Lucio atendió el negocio, con pocas ventas bajo su mando, Esmeraldita abandonó el sanatorio. En contra de lo que Lucio esperaba, se mostró esquiva y mientras se realizaba la desinfección de las cicatrices o los ajustes de los vendajes no permitió que la viese. La espera redoblaría con mayor ímpetu los tambores de la emoción. Sucedió una semana después. A la hora del almuerzo Lucio describió la cerradura con una sonrisa en los labios. Sobre un espejo ante la entrada encontró el folio en que Esmeraldita le pedía perdón porque se marchaba con el hombre de su vida al que había conocido en el hospital. Un americano, antiguo boxeador, paciente allí como ella. Le avisaba que no intentara buscarla, que ella se pondría en contacto con él cuando el ánimo de ambos estuviera calmado para que la conversación no se convirtiese en un suplicio. Que lo sentía. Que la perdonara de nuevo. Que adiós. Y que, posdata, él retornara lo antes posible al piso de sus padres para que ella pudiera disponer con tranquilidad de sus posesiones. Y que, posdata, ahí quedaban las señas de su abogado para que lo instruyese sobre cualquier duda.

William Kenwood

El mes anterior a aquel día soñó con ella durante todas las noches. Ningún suceso extraordinario ni premonitorio. Ambos paseaban por un parque mientras él se atrevía a coger su mano. También guardaba su memoria las sonrisas que los dos perfilaban frente a un Mediterráneo malagueño donde él se había bañado cuando niño.

Ella siempre lo miraba con dulzura a los ojos. Aún perduraban en él sensaciones a las que su psique concedía un barniz de felicidad y emoción provocadas por ella a quien, sin embargo, nunca acertaba a poner un tono preciso a su voz. Para eso había venido. Conocía España sólo por las fotos que heredó de su padre en las que él aparecía con su pelo en un tono gris, delator de su naranja verdadero, sobre la arena en bañador y con unos bloques de amplias terrazas al fondo, o montado en un burrito metálico junto a otros niños en un lugar parecido a un jardín.

Ahora se hallaba de rodillas ante la Señora y aguardaba alguna señal para que, tras su rescate, pudieran macharse juntos, lejos de ese tronar de clarines y tambores para él tan incomprensible como la indiferencia con que lo trataba su amada sobre aquel trono.

Agustín Quebradas

Yo siempre solicitaba a la jefatura de la empresa diez días de vacaciones para Semana Santa, un pequeño anticipo para gastos y luego negociaba con un par de periódicos locales la compra de los reportajes fotográficos compuestos entre mi vieja cámara *Leika* y mi insomnio. Ganaba en pocas jornadas más que en cuatro meses con mi sueldo de oficinista, además de las muchas felicitaciones que me alegraban tanto como el crecido saldo de mi cartilla de ahorros.

Este insomnio crónico que padezco fue la causa de que lo descubriera. Ante la proximidad de la Semana de Pasión revisaba un álbum. Primeros planos de hombres de trono con el gesto ya desencajado por el esfuerzo. Detalles de pies de nazarenos descalzos sobre los que las muchas horas de camino ya agrietaban su ánimo. El rostro tocado con peineta y mantilla de una joven a cuyo fondo aparecía la Virgen como si sostuviera entre sus brazos maternales la cabeza de aquella chica que le era devota. Y en aquella página estaba. Tras la multitud, un hombre de mediana edad se calaba el capirote mientras una mujer mayor le encendía su cirio. Los espectadores permitieron su paso y se incorporó anónimo a la fila de penitencia. No había fijado escenas llamativas pero ese es el tipo de imágenes que busco y ese ánimo mío lo delató. Un par de carretes más adelante en el mismo álbum, él salía de un bar con el capirote bajo el brazo, pero los tonos de los grises me indicaban que se trataba de una cofradía distinta. Hojeé con rapidez el álbum y dediqué varias noches a mirar los de ese año y los anteriores. Aparecía entre el gentío con una túnica y luego abría la puerta de un urinario público con otra; junto a una esquina encendía el cirio y varias horas después lo hallaba en una secuencia de fotos en la que, vestido con túnica distinta, se iba diluyendo entre la multitud hacia unos callejones. Escudriñé durante meses los álbumes correspondientes a casi una década. Noches y noches que finalizaban con el aviso del despertador allí en el

dormitorio mientras yo remiraba en mi despacho rostros y rostros con la lupa. Lo había documentado en más de cincuenta instantáneas donde aparecía vestido con unas dieciocho túnicas de penitente.

Ese año acudí a reuniones y actos cofrades. Mi prestigio como reportero me abría puertas. No lo encontré. Ni en misas de hermandad, ni en pregones, ni en entrega de túnicas. Decidí que ese año no trabajaría para la prensa. Aduje cansancio. Los periódicos fueron comprensivos y elogiosos con mi tarea que lamentaban no poder publicar esa vez aunque la esperaban ya para la próxima temporada. Me mezclé entre los devotos y anduve de trono a trono deprisa por los callejones ajenos al recorrido. Retumbaban clarines y tambores de los que ni me percaté durante años. El miércoles regresé a casa con el mismo carrete fotográfico que introduje en la cámara el viernes anterior. No lo vi. Oteaba como cazador a través del objetivo de mi *Leika*. Nada. El Jueves Santo por la noche me quedé tumbado en el sofá apenas dormitando arropado por el ritmo de los tambores a lo lejos. Decidí salir y cogí la cámara más como hábito que por convicción. Miraba el paso solemne de los procesionantes, cuando una señora mayor que llevaba un carrito se me acercó. Creí que me iba a pedir dinero. “Va a salir de aquel portal. Fíjese bien.” -Me dijo. Se marchó con lentitud por una de las calles traseras y me dejó allí acompañado por la extrañeza de sus palabras. Pocos minutos después, aquel tipo apareció de un portal frente al que me hallaba. Me hizo un gesto que interpreté como agradecimiento, se cubrió con el capirote y se incorporó al grupo penitente como una hoja caída sobre un estanque. Después de quince años creo que guardo en casa unas trescientas fotos, ahora incluso en formato digital. Para él y sin motivo concreto, al menos del que yo sea consciente, reservo siempre mi *Leika* y los carretes en blanco y negro que tanto difuminan el tiempo entre su magia de grises.

Silvio Rimón

Cuando me fijé en que se comía las uñas pintadas de azul igual que si hubiera metido las manos en una trituradora de papel comprendí que no fue buena idea acudir a aquella consulta de coaching. Debí de haber seguido mi intuición. Un folleto que asegura paz interior y éxito personal impreso al dorso de las ofertas en menús del día de un asador de pollos, garantiza antes un buen almuerzo que ese ajuste de mi visión del mundo que tanto necesito. Quizá el problema no esté en mí sino en los demás. Todas las personas tienen una familia pero yo tengo un álbum de Pokemon. Mi madre nos abandonó cuando decidió buscarse a sí misma. Puede que este carácter melancólico mío no sea sino la manifestación de su legado genético. Mientras planchaba mis camisas y las de mi padre vio un reportaje publicitario sobre unos filtros para el agua confeccionados con unos cuarzos japoneses que detienen el envejecimiento de la piel a partir de los setenta y cinco años. Un éxito en Florida y en Los Ángeles. Incluso solicitaban vendedores por expansión de la empresa. Mi madre obedeció las órdenes de una voz interior y acabó deportada a España por intento de entrada ilegal en Estados Unidos y escándalo público. Mi padre fue a la comisaría pero ella se negó a verlo. Un año más tarde o así, gracias a una tía nuestra que la alojó en casa y le ofreció todo su apoyo a cambio de una respetable cantidad de dinero, supimos que trabajó en venta a domicilio de Biblias para niños y, luego, en un burdel de mala nota no sé si para pagar las deudas contraídas con su propia hermana o con la editorial. Según un primo nuestro ella se comportaba así sólo para fastidiar a mi padre ya que el pobre se vio obligado a modificar sus costumbres y tuvo que buscar un club de alterne lejos de la ciudad para satisfacer sus necesidades a pesar de que no le gusta conducir.

En mi edificio se valora poco la intimidad y casi todas las semanas alguien en el ascensor nos preguntaba a mis hermanas o a mí por mis padres. El locuaz vecino del 3º-

B nos informó de lo encantadora que se comporta mi madre en la cama cuando ha tomado una copa de más. Mis hermanas prefirieron mudarse de casa. Yo tomé la firme decisión de no dejar solo a mi padre y de no arriesgarme a vivir en un mundo donde no sólo tendría que responsabilizarme de mis actos, sino en el que me vería obligado a trabajar para pagar mis propias cuentas, situaciones ambas que hasta ahora he evitado con bastante éxito. No tengo amigos y desde que se marchó mamá en casa no conectamos el televisor, lo que me ha empujado hacia la introspección y a unos ciertos hábitos que podrían parecer esquizoides al observador poco avezado en los misterios de la psicología; por ejemplo, me gusta coleccionar cosas intangibles.

Mi padre sólo oye la radio y cuando llega el momento de las cuñas comerciales cambia de emisora. Casi no nos vemos. La casa, herencia de mis antepasados paternos, es antigua, con techos muy altos y muchas habitaciones atestadas de muebles sin sentido y cientos de retratos, pequeños relojes parados y recuerdos familiares que ya no significan nada para nadie. Antes de que la incuria se apoderara de nuestro hogar, contratamos a una negra africana para las tareas domésticas. Mis hermanas se opusieron y desde entonces no pasan por aquí. Al principio estábamos muy contentos con ella porque realizaba sus labores con un vestido varias tallas menor de lo apropiado, pero cuando nos quedamos sin camisas porque llenó la lavadora con lejía, a mi padre y a mí dejó de hacernos gracia y tomamos una seria determinación al respecto. Contratamos a una pariente suya de la que nos aseguró que sabía usar la lavadora y la plancha. Su único defecto es que viste una larga y típica túnica de colorido africano, pero así no tuvimos que despedir a nadie y eso siempre es una gran satisfacción moral. Encargamos la comida a cualquier establecimiento en la calle, por eso descubrí aquel gabinete de coaching. Me encuentro en mitad de una crisis profunda y busco ayuda en iglesias, clínicas, farmacias y bares. No sé en qué ocupar todo el día. Gasto horas en esta

costumbre mía de guardar en mi memoria escenas privadas de mis vecinos a los que observo a través de mis prismáticos como si fueran colonias de amebas en un laboratorio; por algún motivo esas visiones consuelan la desazón que tanto me entristece. Cuando me canso, espío a esta negra que está tan estupenda y no usa ropa interior, pero debo ser muy discreto, mi padre siempre lee el periódico en la habitación donde ella esté y podría sentirse incómodo si me descubriera escondido y agachado a cuatro patas a la busca de un ángulo interesante para la vista.

Rodrigo Kenett

Para evitar incomodidades alquilé un palco. Mis, o mejor dicho nuestras, diversiones se reducían a estos espacios donde el escenario o la pantalla concentrasen no sólo nuestra atención sino la de quienes me, perdón nos, rodearan. Los patios de butacas del cine resultan incómodos y alguna vez el sistema de entradas libres ocasionó conflictos con espectadores maleducados que quisieron sentarse en nuestras butacas. Recuerdo que llamé con vehemencia al acomodador en uno de esos cines con múltiples salas sin acomodador. Al final los gritos y silbidos del resto de los asistentes acalló la discusión con aquella pareja que optó por irse confusa frente a una situación que no comprendía. Un palco en el teatro me llegó a la mente como solución para este peculiar modo de vida al que estoy abocado. El palco permite intimidad y, sobre todo, nos ofrece espacio para que los cuatro estemos cómodos, o yo esté tranquilo al menos.

Mis padres se conocieron una mañana de domingo primaveral en la que un grupo de delfines había organizado involuntario un espectáculo en el puerto, como si la manada quisiera regalar a la ciudadanía una actividad diferente a la del paseo por el Parque y Calle Larios. Ambos pertenecían a familias adineradas y aunque mis tías siempre me contaron que mi madre se enamoró de mi padre desde aquella puesta de largo suya a la que él asistió junto a chicos invitados de edad similar, fueron las risas de mi madre ante las cabriolas y saltos que los delfines ejecutaban para capturar los peces ofrecidos desde las barcas, las que llamaron la atención de mi padre que en aquel momento descubrió en aquella mujer, como él ya madura, a quien ahora podría convertirse en su compañera para el resto de sus días. Así nació yo, casi aupado hacia este mundo por el lomo de un delfín que me trajo cuando nadie en ambas casas esperaba ningún heredero. Otros delfines acompañaron pronto a mis padres hacia más allá del horizonte; primero a mi madre cuando yo nació y un año más tarde a mi padre a quien, en

su despiste sempiterno, atropelló un tranvía por el Palo. Me criaron mis seis tías todas solteras y mayores que mis padres que, por el bien del único heredero, acordaron trasladarse a un mismo edificio de los que ahora administraban hasta mi mayoría de edad.

Mis costumbres no correspondían a las modas de este mundo. Tuve preceptores de todas las materias y hábitos sociales, pero el miedo de mis tías por mi destino les impedía permitirme ir a la calle. Veía a los niños a través de las ventanas o en la tele. Paseaba en bicicleta solo por los pasillos, aprendía solo a jugar con el balón y, por las tardes mis tías me entrenaban en el parchís, en la oca, en las cartas y en el Palé, sobre todo en el Palé, entretenimiento al que consideraban escuela para mi futura ocupación de administrar las rentas de las muchas fincas urbanas que recibiría.

Una buena mañana aparecieron allí y ni recuerdo cómo. Tres chicos de mi edad. A mis tías les hacía gracia verme hablar y corretear e incluso esconderme entre los muebles a la espera de que me encontrara quien hubiese perdido la partida anterior. Permanecía horas oculto hasta que yo provocaba que alguno de mis amigos me descubriese. Ya no me importaba la reclusión entre los límites de aquellos cerrojos. Mi última tía murió horas antes de mi mayoría de edad. No quise salir en meses por respeto a su memoria. Las criadas se negaban a continuar en aquel caserón solas junto a mí y se despidieron en huida discreta. Tendría que hacerme cargo ya de nosotros cuatro.

Los inicios de la temporada teatral transcurrieron plácidos y sin incidentes destacados. Alguna vez me callaron desde el palco contiguo o desde el patio de butacas. Yo tenía que reconvenir la actitud a veces dislocada y ruidosa de mis tres compañeros. No salía de mi asombro cuando tras un leve ataque de ausencia vi a dos de ellos, los más revoltosos aunque sin maldad ninguna, junto a los actores. Querían hacer carantoñas al público y boicotear así una obra que no les agradaba. Me descolgué por

las barandillas no sin antes indicar con toda energía al tercero que se quedara ahí que yo me bastaba solo para bajarlos del escenario. Siempre fueron muy bromistas y correataron por las tablas a pesar de que yo vociferaba y les intentaba hacer ver el ridículo ante el público y ante aquel grupo de actores que huía despavorido de la escena cuando cogí aquella barra de hierro con el único fin de que mis camaradas me hicieran caso.

